

María Felicia de Jesús Sacramentado
“CHIQUITUNGA”

Pensamientos



CARMELITAS DESCALZAS
Asunción - Paraguay

CARMELITAS DESCALZAS
c/ Ntra. Sra. del Carmen, 1141 - Asunción – Paraguay
E-mail: chiquitunqa28@yahoo.es

INDICE

1. - EL IDEAL DE LA SANTIDAD

Voluntad de Dios y su alabanza

“Hágase tu Voluntad...”

Con confianza plena en la Providencia

En intimidad contemplativa amorosa con Dios

¡Contemplación frente a la naturaleza, unida al himno de la creación!

Efusiones con Jesús Eucaristía

¡En entrega al amor de Jesús!

En inmolación total

2. - EL IDEAL DEL APOSTOLADO

Ansias apostólicas

En efecto, se revitalizó la Asac

“¿Qué es ser apóstol?”

Cómo vivir el apostolado:

En humildad

En alegría

En optimismo y esperanza.

En acción de gracias por todo a la Providencia

“En el nombre del Señor”

3. - EL IDEAL SACERDOTAL DE SAUÁ, COMPARTIDO POR CHIQUITUNGA

*Enamoramiento “juvenil” sublimado por el amor
de ambos a un Ideal santo común.
Grandeza del sacerdote según Chiquitunga*

4. - EL IDEAL DE LA VIDA CONSAGRADA

*Vocación a la vida contemplativa en el Carmelo
En las manos de María, se encamina al Carmelo:
Por María, a Jesús¹
Inmolada en el Carmelo
Durante los Ejercicios para la toma de Hábito*

5.- EL IDEAL ALCANZADO: “¡MORIR DE AMOR!”

*En el sanatorio “Mayo”
En la Cruz Roja*

¹ Remitimos a los principales escritos con las siglas: Da, Db, Dc= “Diarios A, B y C; Csa=Cartas a Sauá; Po=Poemas.

BREVE INTRODUCCIÓN

Las palabras de un Siervo de Dios llevan siempre un sello de verdad, de sinceridad o autenticidad que impresionan al que entra en contacto con ellas, porque por ellas se entra en contacto con un alma que vibra al ritmo del corazón humano y del Corazón divino.

¡Son tantos los “pensamientos” que pueden extraerse de sus escritos siempre ocasionales, pero, por eso mismo, llenos de vida!

Aquí tienes, amable lector, estos “pensamientos”, mucho más numerosos que los que en un principio suponía.

Estos “Pensamientos”, sacados de sus “Diarios”, de su correspondencia y de algunas poesías, los ofrezco aquí fuera de su contexto vital, aunque consciente de que sólo arropados en él podrían ser bien saboreados. Para suplir un tanto la deficiencia, evoco ese contexto con anotaciones breves, previas y concomitantes; y agrupándolos según unos epígrafes convencionales, bajo uno común “El Ideal de amor” y distribuidos en cinco partes: I El Ideal de la Santidad; II El Ideal del Apostolado; III El Ideal sacerdotal de Sauá, compartido por Chiquitunga; IV El Ideal de la vida consagrada en el Carmelo; V El Ideal alcanzado mediante el “dulce encuentro” con Jesús.

Podrá ser útil al lector tener al alcance de la mano la “Vida de Chiquitunga”, en su redacción más breve (Asunción, 2005).

1

EL IDEAL DE LA SANTIDAD

La Gloria de Dios

Todo para alabanza y gloria de Dios.

“¡Tu gloria, Jesús, tu gloria, Señor, tu gloria, Trinidad Santa, y no la mía!” (Da 56).

“¡Todo, Señor, absolutamente todo por tu gloria y por las almas!” (Da 25).

“¡Señor, hazme humilde, te ruego y que comprenda mi fin: **Alabanza, reverencia y servicio** [a Ti]!” (Da 159).

“Días pasados, haciendo un esfuerzo grande, me pinté de acuerdo a lo que el R. P. Núñez me dijera, que fue para mí una verdadera sorpresa. Nunca pensé que tuviera que pedirme que me pintara «porque así lo exige nuestra condición en el mundo» No quisiera hacerlo, lo digo con toda el

alma; pero si es por la gloria de Dios, **todo**” (Da 202B).

La Voluntad de Dios: “Hágase tu Voluntad”

“¡Gracias a Dios por todo! Nos hemos entregado a su voluntad. ¡Nosotros ponemos de nuestra parte todo lo que podemos, y Él, solo Él, sabrá cómo realizar!” (Csa 15, 2).

“El asunto es dar la respuesta a Dios. ¡Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu! Ayúdanos a que obremos de acuerdo a tu pensamiento, a tu voluntad” (Da 6).

“Señor, yo no sé ya qué entregarte. Tú sabes que nada tengo. Insisto, sin embargo que aun la salud aceptes, pero que en nosotros se haga tu Voluntad, y que podamos llegar a ser santos, así como Tú lo quieres y lo pides” (Da 117).

“Quisiera en todo y siempre decir: SÍ, PADRE, conformando a tu divina Voluntad mi pequeña voluntad” (Da 130).

“Deposité una carta para Sauá en el correo, y me temo no la reciba. Pero con que se cumpla tu

Voluntad, Jesús, ¡qué importa lo **demás!**“ (Da 149).

“Mi único deseo es hacer tu Voluntad y **entregarme toda** a ella; después nada ambiciono” (Da 161).

“He procurado en todo momento, Jesús mío, encontrar tu Voluntad y de acuerdo a ella actuar” (Da 173).

“Señor, Tú que conoces a fondo este pecho mío, ¿verdad que no he ofendido a tu Amor con este amor? ¡Si tú me diste un volcán para quererlo! ¡Que su erupción no sea de lavas de pasión!” (Da 46).

“Ayúdame, Jesús mío, a aceptar plenamente con alegría tu Voluntad, ¡sin inquietarme!, a recibir con calma todas las pruebas, a no impacientarme con la no respuesta a mi pregunta insistente: ¡Habla, Señor; tu sierva escucha! ¡Qué queréis, Señor, de mí!” (Da 186).

Con confianza plena en la Providencia

“‘Todo lo que sucede es adorable’ y confiar en la Providencia es la mejor manera de hacer y deshacer las cosas” (Csa 13, 3).

Es que “nada depende de nosotros, sino de la Providencia divina; no somos nosotros sino sus sencillísimos instrumentos, ¡y qué instrumentos, sobre todo yo!” (Csa 14, 10).

“En cuanto a mí, hermano mío del alma, **todo lo recibo** como venido de la Providencia; yo le pido (y créame que ésa es mi continua oración) que ¡todo lo que suceda sea en orden y alabanza de su mayor gloria y bien de mi alma, de nuestras almas y tantas otras almas más!

¡Ay!, Sauá. Justo cuando escribía este **nada me asusta**, golpearon a la puerta ¡y me asusté! Y ¿sabe? Vinieron a avisarme que la Mañica (*su hermana casada*) recibió un varoncito! ¡Estoy tan contenta!... ¡Soy tía! ¿Sabe Ud. eso?... Perdóname, Sauá; éstas son cosas que solamente a mí..., o yo, como soy, puedo hacer[lo] todo tan descabelladamente... ¡Gracias a Dios, sin embargo, también por eso! ¡Cómo será perfecto el orden que Dios puso en la creación toda, para que haya creado

también **gente loca!**, ¿verdad, hermano mío?” (Csa 31, 2).

Una anécdota significativa de su fe en la Providencia: Enrique Ibarra estaba dando unas charlas al regreso de sus viajes por la Acción Católica al extranjero; por fuerza, cuando hablase de su encuentro con Sauá en Madrid, había de salir el tema de su ida al seminario y consiguiente “alejamiento” de Chiquitunga... ¿Cómo se hubiese sentido ella? Pero providencialmente ella no pudo asistir:

“Como yo estoy ya abandonada a la Voluntad de Dios y a su Providencia, comprobé después, hermano mío, cuán sabias son sus disposiciones. Enrique habló nuevamente de sus viajes, y esta vez llegó a España, y [habló] de su estadía en ésa. Naturalmente [se] recordó de Uds. todos, pero especialmente de Ud. y allí en público dejó dicho su próximo ingreso, Dios mediante, al Seminario... ¡Huelgan los comentarios!... ¡Gracias a Dios que no estuve!” (Csa 32, 2-3).

En intimidad contemplativa amorosa con Dios

En las horas silenciosas de la noche, Chiquitunga derrama su corazón. He aquí un precioso poema “de amor”:

¡Qué bien se está, Jesús, cuando se está contigo!
Las rodillas al suelo y los brazos en cruz;
Media noche y rodeada de misterio,
sólo el alumbrar de algunas estrellas la luz.

¡Qué bien se está, Jesús, cuando se está contigo!,
Reclinada la frente sobre tu pecho, ¡así!
Y mientras, van pasando los horas más sublimes,
Como el perfume suave de aquel blanco jazmín.

¡Qué bien se está, Jesús, cuando se está contigo!
Ya casi no se escucha latir el corazón,
Y van callando, una a una las plegarias,
En los labios que **estrujan** besándote en la cruz.
(Po I, A, 10. c)

¡Contemplación frente a la naturaleza, unida al himno de la creación!

Durante las vacaciones estivales en el Guairá – 1953, la noche de la llegada a Coronel Oviedo

“¡[fue] una noche maravillosa la que nos tocó y un amanecer deslumbrante! En las poquitas horas como las que pasamos, gocé, Sauá hermano mío, lo que no se imagina. Mi oración de la noche la hice de frente con la luna y como conversando con las obras de Dios, que me impulsaban a que mi oración fuera verdaderamente un cántico de **alabanza, reverencia y servicio**, fruto esto último del Retiro Espiritual que hicimos” (Csa 24, 1).

Días después, cabalgó por la selva, unida al canto de las criaturas, hasta una estancia de Caaguazú:

“¡Algo maravilloso! Sólo le digo que, aun entre los árboles,avecillas y mariposas de mil y una especies..., he pedido que, al alabar a Dios ellos, así en su lenguaje misterioso, suplieran nuestra miseria, aun siendo como somos, en la obra de Dios, más perfectos, pero también más ingratos... Especialmente le alaben por **su Santo Sacerdocio**” (Csa 25, 2).

Efusiones con Jesús Eucaristía

El Altar, la Comunión, el Sagrario: son el centro de su vida. Ahí soluciona los vacíos del corazón por la partida de Sauá:

“Hoy renuevo ante ti, Jesús Hostia, este deseo sincero e íntimo de inmolar mi vida en aras de tu amor. Te ruego que en ningún momento desfallezcamos, antes bien, Jesús Hostia, nos convenzamos de que el verdadero amor está junto a Ti, en Ti mismo, Señor” (Da 2).

“Te ruego, Jesús Hostia, que enciendas nuestros corazones con el fuego de tu amor, de modo que se consuman integralmente, y ¡servirte con integridad de vida! Acepta, Dios mío, todo lo que hagamos, pensemos y sigamos. ¡Nada, Señor, deje de estar ofrecido por tu gloria, Señor!” (Da 75).

“¡Todo te ofrezco, te ofrecemos, Jesús! Ayúdame a dar debidamente las gracias al Padre celestial, y así aumente, Jesús, mi fervor, mi unión contigo en el Santo Sacrificio; y haz que verdaderamente vaya aumentando en mí día a día por medio de la oración y el sacrificio, hasta morir, ¡pero morir de amor!” (Da 135).

“Dadme fuerzas para la lucha y dadme, sobre todo, ¡mucho, mucho amor!, ardiente amor a ti, Jesús Eucaristía, al Ideal, a las almas. ¡Hazme una verdadera apóstol!” (Da 180).

“Cuando pienso, si no fuera... por una fuerza extraña sobrenatural, que es la Eucaristía, ¡no sé cómo me hubiera sostenido!” (Csa 32, 3).

¡En entrega al amor de Jesús!

“Entrega, decisión, desborde, ¡Señor de mi alma, por solo tu amor!” (Da 20).

“He pedido intensamente que esa llama de amor [a Sauá] que arde en mi pecho, se trueque en una hoguera inextinguible de amor cada día más puro, más generoso, más pródigo, Señor, por tu gloria y salvación de las almas” (Da 1-2).

“¡Te pido que quemes por siempre y de a una las ansias [de amor humano] del pecho mío! Yo quiero amarte, Maestro, con más amor, y quiero que llegue el día ya en que sólo sea yo de Vos” (Da 29).

“¡Dame, Señor, fuerzas suficientes y, sobre todo, [que] sublime [yo] cada día más este amor!

¡Purifica mis ansias, mis anhelos, mis ilusiones, Señor; y haz que este ardor de mi corazón, se trueque en una vida **intensa de unión contigo**, Dueño amado, de **intenso apostolado** por tu gloria y salvación de las almas, de **intenso renunciamiento!** ¡Vivir sólo para Vos, por Vos y en Vos!” (Da 36).

“Todo este nuevo año [1953] que no sea sino un continuo e ininterrumpido inmolarse y desaparecer, terminar, consumirme lento por la salvación de las almas y la Gloria de Dios... ¡Divino Rey de amor! Sed tengo de una entrega total” (Da 135).

“Tú sabes, Señor bueno
cómo de amor suspiro;
Tú sabes, Señor, cómo
loca de amor estoy.

“Ilumina mis tinieblas; que yo conozca mi fin. ¡Que yo te conozca, que yo te ame, que yo te siga, que yo te **sirva** con integridad de vida!” (Da 173).

*Después de la partida de Sauá para
iniciar su carrera sacerdotal.*

“¡Qué es lo que más pudiera yo darte, si todo te lo he dado! ¡Toma, arranca mi corazón de su morada, pues tanto hace ya tiempo que te [lo] había dado! Sólo falta que lo saques y, si es necesario, que lo arranques, Señor. Lo que Tú quieras, ¡si ya no es más mío! ¡Toma, Señor, que es tuyo este pobre corazón!” (Da 193).

“Quiero tener miles y miles de cosas que hacer, para poderlas todas ofrecer, ofrecer y ofrecer” (Da 105).

En inmolación total

El día que recibió confirmación de que Sauá ingresaría en el Seminario para ser sacerdote, Chiquitunga renovó jubilosa la ofrenda de su vida a Dios hecha en su primera juventud:

“Señor, toma, te ruego la ofrenda de mi vida; hoy más que nunca yo te la entrego, mi Dios. Si ayer me consagraba a Ti por tus ministros, cual pequeña hostia de amor y reparación, hoy es, Señor, que tiene sentido **vivo** y puro mi entrega y mi **ofertorio**, pues es concreto y cierto y tiene más sentido mi pobre inmolación”.

“Ahora más que nunca tiene sentido mi vida, mis acciones, mi intimidad contigo, Maestro de vida, y es cuando más se afirma la necesidad de **luchar** sin descanso y sin desmayo, sin dar tregua alguna al cuerpo y fortaleciendo el alma con oraciones, sacrificio y mortificaciones”.

“Ahora más que nunca, es necesaria la oblación lenta de **un extinguirse suave**, la inmolación diaria de un **acabarme** por que crezca él. ¡Gracias, mi Dios; gracias, Señor! **Indigna soy** una y mil veces; ayúdame a responder con todas las potencias de mi alma, con todos los sentidos de mi cuerpo, [con] la destrucción de todo mi ser” (Da 110B-D).

“¿Por qué será que tanto me obsesiona esto de la entrega total? Es que en verdad quisiera dar, dar todo, dar siempre, sin quedarme nada, ¡por la gloria de Dios y la salvación de las almas!” (Da 175).

“Tanto le pido a Dios, no que me muera pronto, pues tanto tengo que purgar, sino que, físicamente al menos, si es para su Gloria, me inutilice y pueda hacerle una ofrenda ininterrumpida de mi vida” (Da 105).



2

EL IDEAL DEL APOSTOLADO

Ansias apostólicas

“Ardo en deseos de entregarme por la causa de Cristo. ¿Tendremos acaso nosotros la dicha, la felicidad inmensa, el honor tan grande de dar algo? ¡A lo único que tiene derecho un socio de Acción Católica es al martirio...! Si se presenta el momento, sepamos ser generosos y ofertivos, sin regateos de ninguna especie” (Csa 11, 6).

“¡Todo, Señor, absolutamente todo por tu gloria y por las almas!” (Da 25).

El cauce de la entrega de Chiquitunga desde sus 16 años fue la Acción Católica. Por eso dice:

“De lo único que estoy cierta es del inmenso, desbordante amor que tengo a la Acción Católica. Para mí es todo; por ella, por su fin he dejado todo, y estoy dispuesta a seguir dejando más” (Da 202^a).

“[Quisiera] trabajar en silencio, sin descanso, sin que nadie se dé cuenta de que existo, y hacer las cosas, no por lo que pudieran decir los demás, sino todo, íntegramente todo, absolutamente todo, Señor, por tu mayor servicio y alabanza” (Da 51)

El cariz de la política gubernamental auguraba jornadas muy difíciles para la Iglesia... y eso la entusiasma:

“¡Cuánto ardo en deseos de que se presente la lucha definitivamente y [de] entregarme por la causa de Cristo! Pero para ello ¡dame fuerzas, Señor!, ¡dame fuerzas y entusiasmo! ¡Qué feliz soy al solo pensarlo!” (Da 58).

“Quiero que todo se sature de Cristo y, dondequiera que sea, que pueda dejar un rayito; ahí, ahí me propongo estar y cumplir el pedido del Santo Padre: **Presencia de la mujer cristiana en el mundo de hoy**, y trabajar hasta hacer que el día tenga **25 horas**, hasta caer rendida de **felicidad**, por haber tenido todo y hacer dado todo” (Da 59).

“Señor, ¡de cuántas bendiciones de tu mano soy depositaria! Ayúdame a saber hacer el pobre

uso de todas ellas, mi Dios, especialmente por ese Ideal, que, bien sabes Tú, muchas veces muerde mis entrañas” (Da 60-61).

El 26 de octubre de 1952, 10º aniversario de su primera “Consagración al Apostolado en la Acción Católica la renovó fervorosa:

“Hoy, al renovar la ofrenda de mi vida por la causa de Cristo, hago también el propósito [de] trabajar en silencio y sin descanso, sin que nadie se dé cuenta de que existo, y hacer las cosas, no por lo que pudieran decir los demás, sino todo, absolutamente todo, por la mayor Gloria de Dios y la salvación de **nuestras** almas, y, junto con las nuestras, las demás almas”.

“Ejercitar con más fuerza, entusiasmo y vida, el espíritu de mortificación, sacrificio y la práctica de las virtudes de pureza, humildad, obediencia y caridad”.

“Ofrecer incansablemente todas mis alegrías, entusiasmo, **luchas y tristezas**, victorias y fracasos, dificultades, cansancio, en fin, toda mi vida

por ese **hermano** que la divina Misericordia puso en mi camino” (Da 88-89).

“Todo está **entregado**. La consigna de la hora es trabajar hasta caer muerta, si es posible; pero trabajar con un espíritu de íntima y profunda unión con Dios. ¡Señor, si pudiera ser esto realidad! Yo me he ofrecido entera, mi Dios, ¡Quema, Señor, mis ansias! No mires mis imperfecciones, mis miserias tantas, mi indignidad” (Da 95).

Arde en ansias apostólicas. Reconoce su temperamento superactivo:

“Con el temperamento que tengo, ¡estar quieta me mata!” (Csa 21, 6).

“¡Estamos en pleno tren de actividades! ¡Y qué feliz se es así!, máxime cuando se vive o, por lo menos, **se quiere vivir**, por un Ideal” (Csa 18, 39).

“El descanso ya no debe ser usado por una socia de Acción Católica sino en tanto en cuanto ésta **tenga que rendir** más provecho en la realización de su **apostolado**” (Da 61).

“Lo único a que aspiro es a **servir a la causa en cuerpo y alma** hasta caer rendida, pero, aun rendida, seguir” (Da 62).

“Vos ves cuánto es lo que quisiera prodigarme a las almas y servir las de algo, Señor, Calma mis ansias de amarte hasta el delirio, amarte hasta la muerte” Da 122).

La Asociación de Señoritas de Acción Católica (ASAC), a la que se había adherido desde su primera juventud, pasaba por una seria crisis:

“¡Estoy, ando tan seriamente preocupada! Hay momentos que desearía volar, salir sin saber adónde ir, pero ir abrazada al Ideal de buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas. ¡Créame que soy sincera en estos impulsos! ¡Y hay tan pocas almas que... o con quienes se pueda íntegramente contar para llevar cada día más adelante la causa!” (Csa 29, 7).

Y después de recordar las deficiencias grandes que había en esa asociación, añade:

“No puede darse idea de lo que todo esto me quebranta. Quiero tanto, pero tanto a nuestro Ideal, hermano mío, que cuando **pienso** que hay tantas que pudiendo dar, no dan casi nada, y que hay otros que, queriendo dar todo, **no podemos**, por dificultades tal vez providenciales, y que debemos contentarnos, y aun así decir: ‘¡Gracias a Dios!’. ¡Mas todo sea para tu Gloria y bien de las almas y nuestro Ideal!” (Csa 29, 7).

En el décimo aniversario de su fundación, se reunió en Asunción la 6ª Asamblea (diciembre de 1952), con un ambiente rutinario, que, gracias a Chiquitunga, quedó revertido el día segundo, de modo que se levantaron los ánimos y pudo ella concluir:

“Comenzamos una nueva etapa de diez años dentro de la Asac. Mucho es lo que se hizo. ¿Haremos dado todo lo que **debíamos** en este nuestro pasado? Sólo Dios sabe esas cosas. Sólo nos resta ahora invocar de nuevo su nombre en demanda de fuerzas y aliento, para que no decaigan nuestros anhelos y para que desde este nuevo momento, sin espera de un minuto, iniciemos la ardua, pero hermosa tarea, de **conocer** y **hacer conocer** a Cristo,

más aún, ¡vivir en Cristo, para Cristo y por Cristo!”.

“En toda esta desbordante ansiedad, aunque muchas, muchísimas veces **‘el hombre es débil’**, no por eso deja de mirar enseguida arriba y repite: **‘¡Padre!’**, y luego: ‘Si es posible’; pero no, Señor; **‘¡Que se haga tu Voluntad y no la mía!’**” (Csa 21, 6).

“Este año [1953] esperamos que sea mucho más fructífero que el anterior. No sabe las ganas que tengo de estar ya en plena tarea, pero acepto gustosa la Voluntad de Dios. Quisiera, en verdad, reponerme lo suficiente como para **luego darme sin medida nuevamente por nuestro Ideal**” (Csa 24, 4).

En efecto, se revitalizó la Asac:

“Hay, le cuento, un espíritu de resurrección en la Asac... ¡Cuánta es mi ansia de trabajar con total entrega por ver una Asac floreciente, abnegada, verdaderamente apostólica y sacrificada, decidida a hacer frente a la vida, a esta vida materializada y estéril! Pero debemos ser nosotros, debo ser yo misma, hermano mío del alma, quien tenga que

iniciar para poder pedir a las demás alegría, felicidad, entusiasmo por el apostolado, ¡por la gloria de Dios y la salvación de las almas!” (Csa 30, 6).

En esas circunstancias aceptó ser nombrada presidenta interina: “¿Sabe que estoy interinando la Presidencia [de Asac]? Aunque mucho hice fuerza y expuse mi principal motivo ante el asesor, el P. Ortiz, y los demás miembros del Consejo: ¡que no sé mandar ni dirigir y lo que hay que hacer!” (Csa 32, 3).

Apasionadamente colaboró a la apertura del centro de Acción Católica y al fin, pudo escribir a Sauá:

“Estamos desde hace unos días en el nuevo local de la acción Católica. Es algo maravilloso; perdone la exageración. Pero para mí es así mismo”.

“¿Ud. sabe lo que significa esto? Recién ahora vamos a **conocernos**; por lo menos, los conoceremos a las autoridades laicas y eclesiásticas de la Acción Católica ¡Viera Ud., hermano mío, entrar, salir; reuniones de Seedac, de Arquidiócesanas de los distintos ramos!: los jocistas, los Consejos Cen-

trales, que salen unos y entran otros en las salas de reuniones, que tenemos una para cada rama... ¿Cree Ud. que está mal decir que sea maravilloso? Si no lo es para los demás, créame que a mí ¡me hace vivir! Tanto es lo que amo a la Acción Católica Sauá, que ¡toda mi vida la he dado y seguiré dándole, para que Cristo reine en todas las almas por ella!” (Csa 29, 3).

El apostolado obrero lo inició con las muchachas trabajadoras, para continuarlo decidida, extraoficialmente con los varones de la JOC. Sus actuaciones la entusiasman:

“¡Cuánto quisiera que los demás obreros de nuestra Patria tuvieran en cuenta lo que es la Iglesia, hermano mío! Ud. imagínese que, si no fuese por ellos (por medio de la JOC), qué obligación tendría, o quién les daría a entender la necesidad del estudio profundo y consciente de todo cuanto les sea necesario para su defensa, como hombres dotados de cuerpo y espíritu” (Csa 27, 3).

Y mientras encontraba grave oposición familiar a esas sus andanzas apostólicas, gozaba lo indecible en la concentración jocista de San Antonio:

“Permitió Dios que el tiempo se descompusiera, pero dio tiempo a que concluyeran los actos. ¡Estuve tan feliz! Es que, Sauá hermano mío, podría Ud. interpretar lo que es para mí todo este santo y providencial movimiento de la Acción Católica Sacarme o pretender separarme de ella, es darme muerte o hacer que definitivamente **me pierda...** Mi papel no es otra cosa que hacer que se cumpla en mí la voluntad del Padre Celestial, aunque esa voluntad para conmigo parezca y sea muchas veces **tan dura**” (Csa 29, 5).

“Imagínese [Sauá] entre otras cosas (y éstas Vd. sabe cómo me hacen vibrar, gozar; sabe lo que quiero decir), con motivo del Día del Obrero, nuestros muchachos se largaron a oradores en todos los barrios, y nuestro Presidente Central, Bareiro, se portó a la altura de su responsabilidad; y acá lo tiene, recién salido del **horno**, pues lo llevaron preso, ¡después de 18 días de búsqueda! Hoy me acerqué a pedirle algo para decirle a Ud. y a los muchachos en ésa, y con una sonrisa llena de algo indescriptible, me dijo que les mandaba su **cordial saludo** a todos y que ya los están esperando a los que tienen que volver” (Csa 30, 4).

El Apostolado “universitario” era una gran ilusión que la oposición paterna le frustró:

“Cuando oigo comentarios estudiantiles universitarios, ¡cuánto es lo que quisiera también yo estar viviendo[lo]! ¡Llevar a todos los universitarios en ese movimiento de **conjunto** organizado y obediente, en Seedac, el pensamiento, el criterio cristiano, la concepción cristiana de la vida a nuestros hermanos universitarios! Mas si no soy digna de ese campo de apostolado, debo aceptar agradecida, Señor, el que me señales. ¡Sólo quiero **Servirte**; otro no es mi deseo, mi aspiración!” (Da 185).

“¿Qué es ser apóstol?” -

El 8 de diciembre de 1952, en la fiesta de Cantamisa del P. Plinio González, (cf. Csa 20, 7). recitó Chiquitunga este poema, que el P. Ramón Bogarín le atribuyó en público. Hay copia autógrafa de M^a. Felicia.

Es llevar en el pecho un ideal sublime,
que sea acción y lucha, y no sólo ideal,
que todo lo enardece, que nada lo deprime,
que busca gloria eterna y no gloria mortal.

Es avivar el fuego con pan de Eucaristía
y mantenerlo ardiente con fe y con Oración,
es flor de todo tiempo y no ser flor de un día;
no ser sólo entusiasmo, mas ser de negación (sic).

Es no frenar pasiones, ni ímpetu ni arrojo,
sino encauzarlos todo[s] hacia el Supremo Bien;
no es aceptar halagos y desechar despojos,
sino ofrecerlo todo por el Eterno Bien.

Es llevar donde vayas la luz de lo Divino
y es ser en donde estés la fuerza y la bondad;
es dejar por doquiera un rostro en tu camino,
que enseñe sin palabras y diga Eternidad.

Ser instrumento dócil, en penas resignado,
constante en el trabajo, modesto en la victoria,
que cuenta lo que debe y nunca lo que ha dado:
la lucha es del Apóstol y es para Dios la Gloria.

Es vivir en el mundo sin apego a la tierra,
es conquistar con lucha y no sólo triunfar,
es dominar las armas de la Sagrada Guerra,
es conocer el campo y no sólo guerrear.

Es defenderse siempre con fuerza y con sosiego,

es nunca despreciar, mas sí compadecer
la privación de un alma, cual la de un cuerpo ciego,
que, aun teniendo ojos, no le es posible ver.

Es abrir esos ojos que deben ser cristianos
y mostrarles la vida bajo una nueva luz;
y una vez que hayan visto, es juntar en las manos²,
es caer de rodillas y mostrarles la Cruz.

Es luchar sin descanso hasta dejar el suelo,
es beber siempre el Cáliz sin rehusar la hez,
es comprimir la vida por dilatar el Cielo.
si quieres ser Apóstol, ya sabes, ¡eso es!

Es dar testimonio de la verdad.

“Ése es mi afán en estos momentos, y por ello,
en todo lo que sea posible y necesario, allí estoy,
con mi pequeñez, para dar testimonio de la verdad”
(Da 62).

*No es sólo hablar, que “no me asusta mucho
[hablar en público]. El asunto es que en ello debe ir
impreso el Verbo de Dios, y yo ¡cómo podré hacerlo!
Mas me animo pensando que Él ha de darme la*

² Sugerimos otra lectura: “es juntarse las manos”.

gracia suficiente y que, al valerse de este instrumento, en sí y de por sí inservible, sabrá lo que hacer para que la semilla que caiga se pudra, crezca y dé fruto, el ciento por uno” (Da 63).

Y para “dar testimonio de la verdad viva”, “es necesario de urgencia santificarnos, para poder dar a los demás” (Da 9).

“Jesús,... haz que viva verdaderamente de **tu Vida** ¡Necesito tanto, Jesús mío! ¡También yo quisiera un día llegar a ser **Santa**! (Da 145).

Hay que mirar enamoradamente a Jesús:

“Te miro aquí, frente a mí (en una imagen del Crucificado de su habitación de c/Juan de Salazar) y me avergüenzo de mi flaqueza. ¡Dadme la gracia de ser una santa apóstol!” (Da 194-195).

***Estrategia apostólica.** Implica tres factores, que el apóstol ha de cultivar de continuo: oración, penitencia (o sacrificio) y acción. Repetidas veces lo afirma:*

“La semilla está lanzada. Es necesario, sin embargo, abonar el terreno: más **mortificaciones**;

más **vencimientos**; más **negaciones**”. ¡Y cómo cuesta!” (Da 48).

“Dadme, Dios mío, un verdadero espíritu de **oración, sacrificio y acción**” Da 98).

“Señor, te imploro, me des un verdadero espíritu apostólico de sacrificio, oración y acción. **No por lo que digan los demás**, Dueño del alma” (Da 202 B). “Conversando con el R. P. Zorrilla [sj] decía [éste] qué **necesario es la lucha**. ¡Con cuántas ansias estoy yo de ello! Romper de una vez con todo. **Ser o no ser**, y entonces, sin mezquindades, darnos a la acción, pero ¡fortalecidos por la oración y el sacrificio constante e ininterrumpido!” (Da 157).

*Ma. Felicia insiste especialmente en la **necesidad de la “oración”**. Una oración centrada en lo “esencial” (las tres virtudes y actitudes teologales):*

“Señor, con toda el alma te pido que inflames mi corazón en tu santo amor, y que cada día aumentes en mí la Fe, la Esperanza y la Caridad.

“Aumenta en nosotros, Señor, el fuego de tu Amor y tu eterna Caridad, y haz que sea realidad

aquello que decía [Sauá] en la estampita que tanto quiero: ‘Que el Niño de Belén nos dé inocencia, pureza y humildad’” (Da 56).

Por experiencia personal profunda sabe la fortaleza que da la oración en las luchas del corazón:

“Ahora comprendo más, mucho más, [a] aquellas pobrecitas almas que, **sin Dios**, por pequeños desencuentros sentimentales, se echan a la desesperación. Si no fuera porque mi fe me sostiene y mi Ideal me reclama, sin esa Comuni3n diaria y mi **rezo de los 15 misterios diarios del Rosario**, ¡cómo habría de sostenerme!”: (Da 58).

Eficacia de la oraci3n propia y ajena, especialmente la de los humildes:

“La viejita Filomena, descans3. No se olvide, Sauá, de decir una oraci3n por ella; tal vez haya sido la contribuci3n de sus santas oraciones las que nos dieron fuerza para nuestras resoluciones [vocacionales]. Tiene que ser así, Sauá, porque de otra manera, cuanto más pienso menos me explico todo cuanto en nosotros el Se3or se dign3 hacer, ¡porque tanta es, sobre todo, mi miseria!” (Csa 24, 2).

Pero su insistencia principal es en el “sacrificio”:

“Creo verdaderamente que las preocupaciones (*eufemismo por “cruces”, “fracasos”, “sufrimientos”*), más que como preocupaciones, hay que tomarlas como bendiciones de Dios, antes que desesperarnos” (Da 76).

Por eso, después de unos fracasos dolorosos, acepta el sacrificio y escribe:

“Pero no, no, Jesús mío; no estoy triste por nada. Tú lo quisiste; Tú lo quieres. Eso me basta. Pero ayúdame, pues sabes muy bien que sola no puedo ni decir tu nombre” (Da 78).

Es imposible ser buen apóstol sin sacrificarse, y ante todo con el sacrificio de ser fiel a Dios en el propio estado:

“Días pasados recordábamos las relaciones de unos socios de Acción Católica que el uno al otro, en vez de ayudarse, ¡se obstaculizaban... para sus trabajos de apostolado! ¡Dónde se ha visto esto! ¡Sinceramente que les tengo lástima! No pueden dar ¡y **teniendo** todo lo que deben dar! por mezquindades impropias del Ideal que abrazamos. ¡Y

con la necesidad que se tiene de hacer rendir al máximo nuestras posibilidades!” (Csa 20, 12).

Claro que nuestro sacrificio trae su eficacia del “sacrificio” de Cristo. Por eso la necesidad de unirnos a él. Después de una etapa de marasmo de algunos grupos de Acción Católica observa:

“Como ve, hermano del alma, después de todo, hay un deseo de sacudir el polvo de las alas y remontar alto, muy alto; pero esto implica sacrificio, y a eso es a lo que debemos abocarnos. ¡Sin la verdadera unión al **Sacrificio** por excelencia, todo es en vano! Le cuento que yo misma, hermano mío, me estaba o me estoy abandonando en este sentido. Pero, Señor, haz que reaccionemos verdaderamente y con verdadero espíritu de entrega” (Csa 32, 5).

Resumiendo: hay que estar siempre unidos al sacrificio de la Cruz:

“Hoy es ya 3 de mayo [de 1953], día de la Santa Cruz, a la que tan fuertemente cada instante voy aferrándome, pues es la única realidad a la que o de la que no debemos desprendernos” (Csa 28, 3).

Especial importancia revistieron para ella los sufrimientos y sacrificios ocasionados por la resistencia del papá a sus apostolados. Un caso: En abril de 1954, ante las reacciones violentas de don Ramón, Chiquitunga resolvió retirarse unos días al pensionado de Santa Inés; y desde allí escribe a la mamá:

“No sabes lo que me cuesta, pero es necesario; tampoco quiero que por mí, pasen ya también Uds. más malos ratos, así ¡como papá!... Nunca me fue tan dulce esta palabra como ahora que ya me [la] negaron. Pero Dios es tan bueno, mamá queridísima, que no nos ha de abandonar ni a él ni a todos nosotros, y ha de permitir que, al fin, todo se normalice, pero **¡en su santa paz!**” (Cm).

Incluso en las desgracias públicas intuía Chiquitunga un valor de “sacrificio” y una eficacia purificadora y salvadora misteriosa en los sufrimientos de los pobres. Por eso, cuando el desborde del río Paraguay sobre los barrios humildes cercanos, escribe:

“¡Si Ud. viera, Sauá hermano mío del alma, esa pobre gente! ¡Y sus casitas totalmente sepultadas bajo el agua! ¡Impresionantísimo y hasta desgarrador el cuadro! ¡Cómo son los designios de Dios! ¿Qué sacaré de todo esto? ¡El sacrificio de todas estas gentes inocentes clamando al cielo y ofreciendo su ofrenda por los pecados, que en muchos [casos] son, por lo menos, más inocentes en sus suertes que nosotros! Y sin embargo, no nos abrimos a abrazar la verdadera vida de **total des-
pego** de las cosas que no sean Dios” (Csa 46, 3).

Cómo vivir el apostolado:

En humildad

“¡Qué poquita cosa que somos! ¡Si no fuera porque la gracia de Dios nos sostiene, qué sería de nosotros! ¡Y qué bueno Dios con nosotros, conmigo, criatura miserable, puñado de tierra pecadora, ingrata!” (Da 21).

“Señor Jesús, haz que te conozcamos, te amemos, hazme humilde, Señor” (Da 153-154).

Ma. Felicia tiene conciencia viva de su incapacidad:

“Casi no tengo descanso, sin embargo, estoy convencida de que nada hago” (Da 196).

Y eso es una gracia muy grande:

“¡Gracias a tus Gracias, Jesús, [que] me han hecho ver claramente cuánto es lo que valemos nosotros por nosotros mismos! **Miseria, nada**” (Da 173).

“Yo me siento íntimamente impotente; nadie me cree. Lo **único** que tengo, entiéndame bien, es ¡un amor **desbordante, incalculable a la Acción Católica!**” (Csa 36, 5).

Por eso quiere que nadie se dé cuenta de ella:

“[Quisiera] trabajar en silencio, sin descanso, sin que nadie ni se dé cuenta de que existo, y haga las cosas, no por lo que pudieran decir los demás, sino todo, íntegramente todo, absolutamente todo, Señor, por tu mayor servicio y alabanza” (Da 152).

Y por eso también quiere, como Sta. Teresa, aprovechar las cosas “pequeñitas” ordinarias:

“Yo quisiera... aprender todos aquellos **pequeñitos** medios de santificación por mí, pero más por él y por todos mis hermanos los hombres” (Da 122).

“Todo cuanto se te ofrezca, Señor, es tan poco, y yo ¡tan **orgullosa** por la miseria de mis pequeñas, pero sinceras, ofrendas!”

Por ejemplo, el sacrificio de aguardar varios días hasta leer una carta muy esperada de Sauá:

“Acepta, Jesús, Redentor nuestro, mis lágrimas y también este pequeño acto de vencimiento, al no... ni siquiera mirar ese **sobre tan esperado** y que, con tu ayuda, dejaré para **verlo** recién el lunes, y que **tantos motivos** tengo por lo que ofrezco. Te ofrezco, Dueño mío, la ofrenda de mi vida, pequeñita pero íntegra, Señor” (Da 175).

En alegría

“No comprendo cómo es que teniendo un Ideal así como es el de la Acción Católica no se vibre, no se explote de entusiasmo y se prorrumpe en cantos, vítores y aplausos” (Da 123-124).

“¡Ayúdame, ayúdanos!, ¡sobre todo a mí, Dulcísimo Jesús, a volver a la **alegría** de los que viven en tu paz!” (Da 195).

Y precisamente “así, **en silencio** ofrecido [el sacrificio], ¡es mayor la alegría del ofertorio!” (Da 158).

Para poner alegría en el apostolado, considera su obligación su colaboración a la fiesta de los egresados:

“¡Yo también estoy metida en ello! ¡No se ría, pero más que nunca tengo la obligación de demostrar mi **juventud**! ¡Estaré loca!, ¿eh, Sauá? Pero eso va a ser sólo si falta alguien.

“¡He comprendido ya mi vocación, hermano mío! Donde haga falta, ahí debo estar. ¡Qué consolador, Sauá; no saber hacer nada a la perfección, pero saber de todo un poco! ¡Ayúdeme a saber usar de los dones con que el Señor me regala sin merecimiento alguno!” (Csa 32, 4).

En optimismo y esperanza

“¡Cómo consuela y alienta (*el optimismo a los apóstoles de la Acción Católica*) para poder seguir

esforzándonos día a día por el Reinado de Cristo en todas las almas!... Vea también cómo se hace sentir la necesidad de **¡buenos y santos y eficaces asesores** (*que sostengan ese optimismo*)! No debe perder nunca de vista esto, Sauá” (Csa 45, 4).

En acción de gracias por todo a la Providencia

Porque todo está dirigido por la mano de Dios, incluso los fracasos:

“Todo lo que sucede es adorable. ¡Gracias, Señor!” (Da 155).

“Señor, si es de tu agrado, para tu mayor gloria y salvación de nuestra alma y, junto con la nuestra, la de miles de almas más, ¡[haz] que [yo] reciba una carta más [de Sauá], Señor! Pero si no, ¡gracias por todo, Señor!” (Da 49).

También en medio de la angustia: “[Siento] una angustia indecible, Señor... Te doy gracias, Dios mío. Acepta entero mi amor” (Da 121).

“Dios me ha hecho la gracia grande de **ofrecer [los sacrificios] agradeciendo**, sin quejarme en nada y tratando de sonreír” (Da 60).

Ante el desmoronamiento de un proyecto para ayudar económicamente a un viaje pastoral muy importante del P. Bogarín al Perú:

“No sabe, hermano del alma, cómo [su carta] vino a levantarme el espíritu. **¡Tan flaca la carne!** Porque el trabajo que le anuncié en una anterior se **desmoronó**. ¿Sabe lo que quiere decir eso? En fin, no dejo, sin embargo, de **dar gracias a Dios** por lo mismo que hizo que fracasara nuestro esfuerzo. ¡No sabe la felicidad, Sauá del alma, que siento a pesar de todo!”.

“¡Puede que sea una prueba de Nuestro Señor! Y aunque a veces me falla la confianza, hago lo posible por recobrarla, o, por lo menos, ponerme en manos de la Providencia, para que ella disponga como mejor le plazca. Si pudiera contarle paso a paso, Sauá hermano mío..., y cómo en todo se iba viendo palpablemente la intervención de Dios, ¡era verdaderamente asombroso! El R. P. Ramón llegó a decirme que será necesario rebautizarme y ¡ponerme en nombre de **Providencia!** Mas cuando estaba todo listo, con el cheque firmado listo para convertirlo en giro..., ¡me anulan el depósito!

¡Gracias a Dios!... Pero aún no está todo perdido”
Csa 40, 2).

“En el nombre del Señor”

“El asunto, Sauá del alma, es dar, darse sin medidas por el Ideal, no importa cómo ni dónde ni cuándo, toda vez que no se traicione la santa Causa... Y en este tren me estoy moviendo, aunque a veces tenga que caer de cansancio, o tenga que llorar de quebrantos, no importa. Todo ello debe darnos más y más fuerzas, siempre que hagamos, como dice la meditación de estos días sobre el Evangelio del domingo, «sobre la palabra del Señor». Echó Pedro a pescar él solo y no sacó nada; mas Jesús le dice **de día**, y no obstante haber trabajado tanto y sin resultado, [obedeció:] «sobre tu palabra echaré la red», y ¡salió llena! ¡Qué hermoso, Sauá hermano mío, poder vivir esta realidad!”
(Csa 33, 1).

Oración de apóstol: *pidiendo a Dios las cualidades necesarias para serlo. Ante la probabilidad de ser elegida Presidenta de la Asac (Asociación de Señoritas de Acción Católica), escribió esta hermosa oración que compendia sus reflexiones y plegarias:*

“Con todas la fuerzas de mi alma, te imploro luces suficientes, Jesús, para el difícil desempeño de mis funciones. Que sepa dirigir, orientar, organizar con verdadero espíritu de caridad cristiana, con toda suavidad y calma, con mucha, muchísima prudencia y muchísimo sentido de **humildad** ; que sea yo la servidora de todas y cada una de las socias; que mi corazón esté pronto siempre para perdonar, pero sin aflojar en aquellas cosas que miran directamente a tu Gloria; que ame cada vez más y más el **Ideal**, y que, sobre todo, sea yo la primera en todo, especialmente en aquello que desagrada hacer; sea el ejemplo vivo, no por lo que pudieran decir los demás, Dueño mío, sino por tu gloria; que con mis palabras, mis gestos, mis acciones, con toda mi vida **edifique** y atraiga a tu Corazón el corazón de tantos hermanos que aún no han despertado del todo a la belleza, al gozo inefable de una entrega sin límite, total, a tu Causa; que tenga a flor de labios siempre una canción y una sonrisa, aunque en el corazón lleve las llagas del desengaño y de la incomprensión, y aunque todo a mi derredor se derrumbe, cante [yo] tus glorias y te diga: ‘¡Gracias, Señor!’; que todos, desde las Pequeñas, a quienes tengo tan hondo en el corazón, hasta la última socia de la Asac, encuentren en mí no a mí,

sino a Vos, dulcísimo Señor. ¡En tus manos pongo mi vida!” (Da 198-199).

“Todo mi afán está en trabajar hasta cuando caiga rendida (como en algunas noches), ¡hasta agotar las fuerzas por la gloria de Dios y la salvación de las almas! ‘¿Vale la pena nuestro Ideal?’, nos preguntaba días pasados el R. P. Benítez. Pues sí, vale la pena; ¡todo lo que por él hagamos no es bastante!” (Csa 36, 4).

“El Paraguay nuestro, Sauá, está en manos de sus hijos predilectos, la juventud; pero dentro de esa juventud, es la **nuestra**, la de la Acción Católica la que tiene que darle mayor grado de consuelo y soluciones.

“¡Algo, gracias a Dios se está ya dando!; pero, como decía el Santo Padre, hay que tener cuidado y mucho cuidado, pues que el mal de nuestro tiempo es el **cansancio de los buenos**. Permita el Señor haya sido, como siempre, tan oportuna la alarma del Santo Padre, y que esa alarma ¡no haya caído en oído sordo en nuestra Patria, en nuestra juventud, en nuestra amada Acción Católica!” (Csa 39, 2).



3

EL IDEAL SACERDOTAL DE SAUÁ, COMPARTIDO POR CHIQUITUNGA.

Enamoramiento “juvenil” sublimado por el amor de ambos a un Ideal santo común.

Chiquitunga, enamorada de Jesús (ése fue su “amor primero”), después de renunciar al “amor humano” del joven Sauá, no rechazándolo, sino sublimándolo por la entrega consagrada de ambos a Jesús, explica breve pero profundamente sus sentimientos:

“Yo pienso que **¡una sola vez se ama en la vida!** Porque amor es darse, es prodigarse, y cuanto más se haya uno dado, menos [se] tiene, menos se es de uno mismo; y lo que va quedando, **si algo queda**, o es tan pobre o es fingido. Máxime, Sauá del alma (¡perdóneme, le ruego!), si todo ese **primer impulso** (*humano*) va íntimamente unido en un sublime Ideal, por el que conscientemente, en

pleno uso de razón, se deja, más aún se desprecian todas las demás cosas, que, como dice el Evangelio, son **añadiduras**” (Csa 36, 6).

Pocos comprendieron entonces el sentido de esa sublimación. Ella misma refiere un caso:

“[El General Buggermini], entre otros comentarios, me dijo que «qué desilusión tan grande había tenido Ud. para que, teniendo **una novia**, haya determinado ir al Seminario»; o es que era yo la causante, y otras cosas, pidiéndome le disculpara por su indiscreción. Le dije [que] en ningún momento era desilusión, sino la entrega de un ideal por otro Superior, y que era de común y muy común acuerdo. En fin, Sauá, que me faltaban alas en los pies, boca para reírme y llorar de alegría, e ir a comunicarle al P. Ramón” (Csa 40, 5).

Por eso “cada día [estoy] más feliz por las resoluciones que respecto a nosotros allá en la Eternidad de los tiempos ya el Señor nos tuvo señalado (sic) a nosotros, especialmente a mí, pequeñísimas criaturas, miserables por nuestros pecados y nuestros méritos, pero que, sin merecerlo, ¡hemos obte-

nido de Dios tanto y tan señaladas gracias y bendiciones!” (Csa 41, 1).

Grandeza del sacerdote según Chiquitunga

Fe y amor profundos al sacerdocio estuvieron a la base de esa su aventura vocacional, que por eso exclama Chiquitunga:

“Nada mejor hay bajo el cielo y sobre el mar que el Sacerdocio Católico vivido en su plenitud de Orden” (Da 97).

Chiquitunga afirma que si renunció sin titubeos a su amor “humano” en favor de la vocación sacerdotal del “amigo”, fue precisamente por lo mucho que le quería:

“Comprendí bien, y porque lo quería en verdad, que la sublimidad de su ministerio era insuperable. Por eso es que quiero decir, Señor, fue precisamente el amor el que me llevó a actuar así”. *Fue tachada de “fría”*: “¡Cuántas veces fue que me culpara[n] de frialdad, de falta de afecto, de cariño! Yo, pues, no sé, Señor, cómo expresar[me], pero quiero que sepan, sí, que ¡esto que pasó entre los dos no fue sino tu gracia obrando en nuestras almas!” (Da 29-30).

“Que [Sauá] sea un **Ministro** más que nada **santo**, un sacerdote del Señor (¡qué feliz día!) y que de su lado no se aparte un instante mi íntima inmolación. ¡Que importa lo que pase; aunque yo no lo vea en este mundo, Señor!

“Toma, toma mi vida; yo te la entrego, Señor; y luego, aunque me muera, golpéame, mi Jesús, pero ayudada de tu gracia. Hasta quisiera pedirte – y sí te lo pido, Señor – que, si tuviera que desde-cirme, **me enferme** con lo que sea, con tal que mi vida sea una inmolación constante, una inmolación continua por mi Sacerdote y por todos los Sacerdotes del mundo. ¡[Que sea yo] un alma Eucarísticamente sacerdotal! María, madre del Clero, ruega por esta pequeña” (Da 110C).

“[Quiero] trabajar ofreciéndote, Jesús, [todo] por aquella intención tan especial de la Santificación de los Sacerdotes y Seminaristas, y **en especial** por nuestro futuro **Sacerdote**” (Da 152).

Pero además de orar e inmolarse, le escribe con frecuencia animándole:

“Meditemos mucho, hermano mío, hermano del alma, la grandeza de este hecho (*su vocación*), y procuremos con todas nuestras fuerzas ¡hacernos dignos de él! Cuando se trata de **este Ideal sin rival entre todos los ideales, ¡todo cuanto se haga, todo cuanto se diga es poco!** La realidad de hoy (*la renuncia y separación para siempre*) es dura, no hay duda alguna; y está (*el “asunto”*) en que sepamos sobrellevarla, y más [aún] amarla, para que pueda rendir con plenitud” (Csa 3, 2-3).

“El dar todo [es] no haber dado nada en este plan maravilloso de la Providencia” (Csa 4, 1).

“Tan gran Ideal por el que luchamos, merece mucho más de todo lo que le damos” (Csa 8, 2).

“¡Qué pobre el tributo de la vida mía para hacer con ella un himno de gracias! Señor, yo te ofrezco, te entrego mi vida, aunque humilde y pobre. ¡Acepta mis ansias!” (Csa 11, 3).

“¡El asunto es luchar, luchar **sin descanso** hasta que llegue el tiempo! Y después de haber dado todo, entonces..., por ello dar gracias a Dios” (Csa 11, 5).

“Comprendo que muchas veces me sobrepaso un tanto, o un tanto mucho (*al animarle*); pero en el fondo es ansia **de saberlo grande, de saberlo Santo**, aunque, al final, ¡no importa lo que de mí sea! Sé que es necesario un **desprendimiento total**: no tema, pues, que se quebrante mi espíritu por ello. Ayúdeme, sí, con sus oraciones a que, por lo menos, llegue a ser buena; tengo ansias inmensas de serlo” (Csa 27, 5).

Por eso exhorta a Sauá ferviente y repetidamente a confiar en la Providencia misteriosa y maravillosa de Dios en medio de sus tribulaciones y dificultades:

“¡Pequeño mío! (*aquí Chiquitunga se siente espiritualmente “madre” del aspirante al sacerdocio, tan atribulado por entonces*)... le ruego no se preocupe, por lo demás, por nada de lo que aquí tenga que pasar... Nos hemos puesto en lo que Él disponga. ¡Qué más, hermano!

“¡Si pudiera traspasar en estas líneas el gozo mío, Sauá, [de saber que ingresa en el Seminario], aun en vista de lo que mañana será! Pero, como le decía, tan providencialmente todo se viene realizando, que ¡a qué preocuparse! ¡Ya llegará el

tiempo en que todo el misterio de nuestra existencia sea una realidad sublime y de eternidad, sea como fuere, en la Patria de todos!” (Csa 25, 1-2).

“¡Hermano mío del alma! ¡Todo cuanto sucede es adorable! ¡Alabemos al Señor, porque se ha dignado mirar nuestra miseria! Fortalezca Él más que nunca nuestro espíritu. Si a Él no vamos, ¿adónde iremos? Él sólo tiene palabras de Vida Eterna. A Él encomendemos [a] nuestros familiares y pidamos luces que los iluminen, para que también ellos, en medio del concepto humano con que queremos ver todas las cosas, también ellos tenga y gocen de la felicidad en la aceptación plena de los designios de Dios, y más aún cuando estos designios son verdaderos dones y gracias, ¡como en este caso!” Csa 26, 2).

Todo, pues, lo ha ofrecido y lo sigue ofreciendo por ese Ideal común a Sauá y a ella; incluso el no vivir ya cuando el futuro sacerdote llegue al altar:

“No sé por qué, creo que con mis **propios ojos** ¡no tendré la felicidad de ver ese día! ¡Y... por eso mismo doy gracias a Dios, porque todo cuanto tenga que pedirme estoy, escuche bien,

hermano mío, estoy dispuesta a dar **sin medidas!**” (Csa 26, 3). *¡Y así fue! No le vio sacerdote sino desde el cielo.*

Esa oración y ese ofrecimiento de sí misma los prolonga Chiquitunga en todo momento:

“Vengo de allá (*de las vacaciones en el Guairá*) con renovadas fuerzas y entusiasmo para dar nuevamente este año más por nuestro sublime Ideal [apostólico y sacerdotal]. ¡Oh, hermano mío, cuanto más pasa el tiempo, más enamorada estoy de él, y a la vez, más y cuánto es lo que me miro indigna de todo! Y aunque sumamente lejos estoy de ni siquiera compararme a nuestra Madre celestial, uso de su cántico: «Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se transporta de gozo en el Dios salvador mío, porque ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava»” (Csa 25, 1).

“He podido comprobar una vez más la sublimidad de su dignidad y magisterio, y también la **delicadeza**, Sauá hermano mío, de lo que un Ministro del Señor debe ser, y le cuento que he temblado ¡no sé de qué!; pero he sacado en conclusión que, para todo esto, cuanto más **se ofrezca, más**

debemos ofrecer. Todo es siempre poco. ¡Escúcheme!” (Csa 25, 2).

En la Primera Misa del pbro. Plinio González

“En la hora del Ofertorio, nuevamente me he ofrecido a la Trinidad Santísima por nuestro Ideal, por todos los sacerdotes, por las vocaciones sacerdotales, por nuestra amada Acción Católica ¡Qué pretenciosa soy, comprendo, hermano mío! ¡Ay! Pero no sabe el ansia que tengo de que el Señor, de una vez por todas, **¡tome mi pequeña ofrenda!**” (Csa 20, 6).

Me he ofrecido a Él como pequeña víctima por los Sacerdotes, por Nuestra Sagrada Orden, por nuestra Comunidad, por mis padres y familiares, en fin, ¡por todas las almas!” en fin, todas las virtudes, todo lo necesario para la feliz realidad de **su Día**, el suyo, hermano mío, aquel en que, abrazado a Cristo, despojado de todo, ¡se entregue para la salvación de sus hermanos!” Csa 20, 7).

Chiquitunga acompaña y anima al “amigo” en sus grandes dificultades vocacionales: la principal que su progenitor, don Manuel Sauá, musulmán, enterado de la

vocación del hijo, quiso anular su propio matrimonio. Escribe Chiquitunga:

“Mañana (*10 de abril de 1.953*) se cumple un año justo de su ida [a Europa]. ¡Gracias a Dios por todo! Muchas cosas las sabremos allá arriba recién. No piense que sólo es Ud. a quien en ese sentido se le desgarró el corazón; piense que hay otras almas tal vez mucho más acongojadas por ello y que, aun así y todo, han sabido sobrellevar con valentía, **con amor, todo, y aun habrán [de sobrellevarlo] en estos momentos**” (Csa 28, 2).

“Parodiando unas palabras célebres, le diré que «Uds. los hombres **saben** todo, pero **no comprenden** nada, y que nosotras las mujeres **no sabemos** nada, pero **comprendemos** todo». Y aun a [la luz de] esa experiencia natural, diríamos, sé, comprendo y conozco sus angustias, porque también yo, en estos días precisamente, ¡las estoy viviendo intensamente!”

Y sigue un hermosísimo consejo:

“No, no hay por qué, Sauá, «arrancar el corazón, arrojarlo lejos y poner en su lugar una piedra». Cámbielo, cámbielo, hermano mío, con el

Corazón de Cristo, o junto al suyo ponga ese Corazón que tanto ha amado a los hermanos, y todo se arreglará. ¡Verá Ud., Sauá, qué dulzuras y qué consuelo! Él mismo nos llama: «Venid a mí, todos los que tenéis penas, que yo os aliviaré» (Csa 28, 2).

Los sufrimientos, en realidad, son “gracias”:

“Toda esta **oleada de gracias** no es sino una prueba más entre las tantas que vinieron y vendrán. No es bueno y, desde luego, sé que no brotarán de sus labios aquellas palabras del Evangelio ante una prédica del Maestro Divino: «Es dura esta doctrina», y se alejaron” (Csa 28, 3).

“¿Cree Ud. que el Señor, que da de comer a las aves del cielo y viste tan maravillosamente a las florecillas del campo, puede abandonar a sus criaturas los hombres, que son su obra más perfecta y más querida? ¿[Él] que por salvarnos dio a su Hijo a padecer los tormentos y escarnios de una muerte de cruz? Y como Vd. mismo me recuerda en su última: la cruz es lo único absolutamente nuestro, aceptémosla o no. ¡Y cómo cambia su valor si con amor la abrazamos!” (Csa 28, 4).

El asunto es “esperar”. Sauá había expresado desesperanzadamente que a su padre el haber tenido hijos le serviría de “perdición”; y ella replica:

“Digo yo, Sauá hermano mío, ¡no como Ud.!: «¡Felices de sus padres, que hayan tenido hijos semejantes!» ¿Cree aún que ellos serán para su perdición? Antes bien, hermano mío, justamente ellos, Uds., Ud. y ella (*su mamá*), serán un día [felices]. ¿Cuándo? **No sabemos, pero... llegaré. El asunto es esperar.** ¿No [es] cierto?” (Csa 41, 1).

“El camino es duro, ¡pero no hay que desesperarse! ¡Todo es providencia!” (Csa 33, 2).

Además, “¡hermano del alma, esté seguro que **no se encuentra solo en la lucha!** Hay otras almas que, con toda su vida, le están respaldando, ofreciendo continuamente, sin descanso, mil **pequeñeces** por su Ideal” (Csa 28, 4).

“Hay momentos en que parece que no hay remedio, que vamos a **sucumbir**, pero... no puede ser; nunca nos prueba [Dios] más allá de nuestra

fuerzas. Así que todo es posible sobrellevar y debemos sobrellevar con alegría. Así que, hermano del alma, ¡a no desmayar, Sauá!... Entretanto, hermano mío del alma, ¡confianza, mucha confianza en Dios! Que si él nos da estos estrujones de corazones, ¡sabrá también Él darnos lo necesario para que perseveremos!” (Csa 34, 3.4).

En su propia casa Chiquitunga tiene grandes tribulaciones, pero sabe que Jesús es su refugio:

“Acá en casa ¡estoy pasando días como los que Ud. no se imagina! Mi único refugio es el Corazón de Jesús, que incansablemente nos miraba ya antes, cuando Ud. estaba (¿recuerda?) frente a nosotros en el comedor. Pues en este momento, delante de mí y de todas mis cosas está Él, aquí ¡y en la **Eucaristía**, mi refugio predilecto! Sólo a Él voy con la carga inmensa, inapreciable de mis miserias y mis quebrantos, y hay que ver cuánta es la fortaleza que pido para los dos, para los nuestros y, en fin, para todos aquellos que la necesitan, especialmente para nuestros hermanos de la Acción Católica” (Csa 34, 4).

La Providencia en los durísimos acontecimientos de finales de 1953, cuando don Manuel exigía el regreso de su hijo al Paraguay para no deshacer su matrimonio, se mostró con evidencia:

“La Providencia, eso sí, dispone en tal forma las cosas, que nos aprieta, y cuando creemos sucumbir, nos hace flotar y vivir nuevamente. Todo el proceso de esto no es otra cosa que su Magnífica y Omnipotente obra. Démosle incansablemente gracias, Sauá” (Csa 39, 1).

Por entonces encabeza ella misma una carta con palabras con que Jesús invita a su seguimiento (Lc 9, 57-62), y añade:

“Rara manera de comenzar una carta, es cierto; mas es el caso que palabras humanas ningunas pueden tener la fuerza suficiente de infundir precisamente **la fuerza** necesaria en estos momentos en que tan maravillosamente está obrando la Providencia divina; y desde luego, está de más decir, hermano mío, ¡cuán pobre de palabras sería yo en este caso!” Csa 42, 1).

*Ella misma colabora con la Providencia
atendiendo a la madre y hermanas de
Sauá:*

“Con ellas he estado viendo lo que mejor sería para una solución razonable, la que tengo confianza, Sauá, no tardará en llegar, pues todo no es sino ¡la preparación minuciosa y delicada de su ministerio sacerdotal, pleno de santidad! «Dura es esta doctrina», es verdad, más que yo lo sabe Ud., y que de ella salimos airoso, no por nuestros méritos, sino por los de Cristo. He ahí el triunfo: en la aceptación plena y calmada de todo” (Csa 42, 1-2).

“¡Bueno, hermano mío del alma! ¡A tomar las cosas **una vez más** (sin ser tal vez la última) con decisión y valentía, y, sobre todo, con espíritu sobrenatural!... Por las próximas Fiestas [de Navidad] no ha de sentirse solo. En la incesante elevación de mis plegarias, mi pedido será:

«¡Fuerza, Señor, para realizar plenamente y acabadamente tu Voluntad, por que llegue a su santo Ideal!»” Csa 42, 4).

Con mirada retrospectiva reflexiona:

¡Qué valioso ha sido todo lo que ha acontecido este año! “[Este año de 1953] ha sido un año magnífico de realizaciones... sin éxito. Pero todo ello nos valió, especialmente a mí, para volver la mirada al cielo y repetir: «¡Todo te ofrezco, Señor!»; todo te ofrezco, Señor, por nuestro Ideal. Por eso, aunque muchas veces pareciere que ya nada tiene remedio, que todo se viene abajo, ¡surgen nuevas esperanza y nuevas ilusiones! ¡Qué inmensa es la Providencia de Dios y qué pequeñez asombrosa es nuestra humanidad junto a Él!

“En este sentido, hermano mío del alma, con todo esto que parece **tan serio** respecto al problema familiar de su casa, no hay que perder la calma y la serenidad, antes bien, bendecir al Señor, bendecir a su padre, a su mamá y hermano, porque todos ellos están, directa o indirectamente, contribuyendo a lo que mañana ha de ser un **Sacerdocio santo**, y ya entonces va a tener que ser Ud. el que (¡con qué omnipotente poder!) les retribuirá en una medida sin medida” (Csa 43, 3).

Los sufrimientos son prenda de eficacia salvadora. Por eso “este año del 54, que está a nuestras puertas..., se está perfilando con un magnífico caudal de ofrecimientos y aceptación de designios

hasta incomprensibles, pero Voluntad de Dios al fin. Es que el Señor está preparándole gracias inapreciables, un ministerio lleno de quién sabe cuántas maravillas, ¡y pleno de santidad para Ud. y todos los suyos!” (Csa 43, 1).

En medio de las amarguras experimentadas en esa Navidad:

“En la Noche Buena, en el Ofertorio de la Misa del Gallo, he renovado mis votos de **consagración** total al Señor, esperando con ansiedad indecible también mi turno. No obstante, Ud. ya sabe: nada más me pertenece, ni me pertenezco; sólo quiero la Voluntad de Dios y su gloria y salvación de las almas” (Csa 43, 2).

¡El “milagro”! El 6 de enero llegó la noticia inesperada: don Manuel, suspendido el proceso de disolución matrimonial, se había reconciliado con la familia:

“¡Después de la borrasca la calma! O mejor, después de la Prueba de Dios, el premio, hermano mío, ¡y como por milagro!... Después de la segunda ida del Dr. Aveiro a Arroyos, vino su papá a

Asunción a arreglar todo pacíficamente, no sin hacerlo antes con su santa mamá...”

“Todo esto, especialmente la angustia, los quebrantos, los desvelos de su santa madre, esas son la cosas que de hoy en adelante han de alentarlo, como nunca, para el alcance pleno de su Ideal, y conseguir también, Sauá, la conversión de su buen papá! Él no es otra cosa en estos momentos sino verdadero instrumento de la Providencia para robustecer, cueste lo que cueste, su Vocación”.

“Demos, sí, gracias a Dios, entretanto, por tantas predilecciones, sobre todo por este **refrigerio** que nos envió respecto a los asuntos familiares, gozemos de la felicidad que nos brinda y **acumulamos** energías en la Santa Eucaristía (¡en ella y con ella se hace todo, Sauá, en esta vida!), para que mañana, cuando surjan nuevas dificultades, ¡no nos turbe tampoco nada! ¡Todo lo que sucede es adorable! Pidamos al Señor la gracia inmensa de ¡estar entre sus eternos adoradores!” (Csa 44, 1.4).

Y como Chiquitunga percibía que Sauá encontraba otras dificultades más personales e íntimas a su vocación, le aconseja frente a posibles vacíos afectivos que puedan so-

licitarle. Son muy significativas las palabras que le dirige a raíz de haberle enviado, de parte de su hermanita Nila, un disco de música “sentimental”. Suavemente y como en bromas le dice:

“Le cuento, y esto para que se ría de mí, Sauá, ¡porque soy una ignorante!... Imagínesse que me quedé preocupadísima..., pues precisamente por lo **sentimental** que era, se me antojó que le haría daño, **y casi, pero casi no le mandé**. ¿Tengo o no razón de llamarme tonta, loca o lo que quiera?”.

“Y yo misma ahora me hago la defensa, ¡hermano del alma! Pues créame que todas estas locuras son a causa de que ni por un instante tenga que ser nada motivo de la más mínima nostalgia por estas cosas, que, si bien son tan divinamente humanas y santas, después de todo no son, sin embargo, superiores a ¡la Elección que el Señor hace para ciertas almas!” (Csa 30, 2).

Chiquitunga, con mucha experiencia ya en los caminos del espíritu, ilumina a Sauá sobre el camino “áspero” y “oscuro” del seguimiento de Jesús, apoyada en el Evangelio:

“La lucha y el sacrificio, a medida que se avanza en los caminos del Señor se tornan más áridos y empinados. Por eso, Sauá hermano del alma, es **necesario** que, como nunca se prepare y se esfuerce por recibir, como hasta ahora, todas las cosas [como] venidas de la Providencia; sólo hace falta mucha, mucha confianza en el Señor, y una fe vivida y palpitante”.

“Abrí en este momento mi libro inseparable, el Nuevo Testamento. Quería alguna palabra de él para decirle, y encontré ésta en el Sermón de la Montaña; le transcribo sólo eso: «Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, os separen, os afrenten y abominen de vuestro nombre como malditos por odio al Hijo del hombre. Alegraos aquel día y saltad de gozo; os está reservada en el cielo una gran recompensa» (Lc 6, 22-23).

“Están llegando los días ásperos para todos, pero hay que imponerse, como Ud. mismo solía decir, hay que superarse, cerrar los ojos del cuerpo y abrir más y más los del alma; y todo sea por Dios, por su gloria y por la salvación de las almas. Ésa es nuestra vocación, tal vez en distintos campos, pero es la finalidad. Cuando venga, pues, [el tiempo áspero], ¡a dar gracias al Señor y a cantar

un himno de alabanza en su nombre, con el corazón, **aunque herido**, lleno, rebotante, inflamado de un deseo intenso de inmolación!” (Csa 32, 1-2).

Gran enemigo de la perseverancia vocacional es el sentimiento de soledad: Chiquitunga quiere que no anide en el corazón del “amigo”:

“Sepa que, desde luego, en ningún momento se encontrará solo, ni Ud. ni otros tantos hermanos paraguayos, que, en la Patria y fuera de ella, están inmolando su vida al abrigo de una vocación divina, de un llamado sagrado como ministros de Dios. Junto a todos y cada uno... estamos otras pequeñas almas, que, con nuestra oración constante, nuestra vida ofrecida toda al servicio de Dios y la salvación de las almas, [la] ofrecemos **toda entera** para que la culminación del Ideal no sea solamente el alcance del fin próximo: el recibirse u ordenarse de sacerdote, sino aquel otro de comenzar con ello **la nueva etapa de entrega**, de sacrificios y calvarios, bajo una nueva y magnífica condición, ¡la de ministros de Dios!” (Csa 45, 4).

La oración por el sacerdocio de Sauá la renovará de continuo:

“Que el Señor lo conserve siempre ¡bueno, Puro y Valiente!, lleno de Fe, esperanza y Caridad, que ha de desbordar de su alma, para que de ello podamos (¡qué maravilla!) o mejor, puedan nutrirse las de **los que le recordarán.** ¡María, Madre y Reina del Sacerdote Eterno, bendiga desde ahora su vida sacerdotal!” Csa 38, 9).

“Le aseguro que (*a pesar de no escribirle hace tiempo*) no dejaba... de recordarlo, hoy como ayer y como siempre, más y más en mis oraciones, pidiendo con insistencia, con verdadero clamor... a Ella, especialmente a Ella, la Madre de Dios y Madre nuestra, la Virgencita María, a quien seguramente la tendré ya medio mareada ¡con tantos problemas como le presento para que me los resuelva! Y entre ellos, el primero siempre: **perseverancia de Ud. hasta el fin de sus días**, santidad en su ministerio, alegría en su vocación, satisfacción cumplida en todas las alternativas y entusiasmo generoso y sin decaimiento en su apostolado ¡Y sé, Sauá, que Ella no dejará de oírnos!” (Csa 46, 1).

Cerramos el pensamiento de Chiquitunga sobre el sacerdocio con su acción de gracias a Dios por ese don:

“¡Cuánto debemos dar gracias al Señor, Sauá, por todos Uds., por nuestros dirigentes de Acción Católica en el Paraguay y por nuestros santos y abnegados asesores y sacerdotes todos! **Sólo con una vida** (¡y ni [aun] con ella!) se puede dar comienzo a [pagar] tan impagable misericordia” (Csa 30, 6).

Y concluimos con una reflexión que Ma. Felicia ofrece al “amigo”:

“Ya termino, hermano mío del alma, con esta reflexión que a mí me encanta de vez en cuando tenerla a mano. ¡Dios elige para cada uno un fin específico en su vocación! Para unos más; para otros menos. ¿Qué eligió para tantos buenos amigos y compañeros suyos? ¡Tal vez lleguen a ser Presidentes de la República! Pero aun así y todo, lo de los demás juntos no puede, es imposible compararse ¡al **llamado** de su ministerio en el Santo Sacerdocio!”

“Pero tampoco podemos perder de vista, hermano del alma, que en la medida **que se nos da**, ¡en esa misma medida [se] nos pedirá cuenta! ¿Conoce Ud. a qué fueron llamados sus demás compa-

ñeros y amigos?, ¿y cómo y para qué? ¡Y Ud a qué fue llamado y elegido!”.

“Sauá hermano mío del alma, perdóneme, le ruego. No me explico cómo es que me atrevo a escribirle, y aun más ¡pretender insinuarle reflexiones! Es sólo (y créame, hermano mío) el hondo deseo de que se empape más y más de su Santa Vocación y ¡de mi plena felicidad con este magnífico designio de la Voluntad de Dios!” (Csa 46. 6-7).

Después de lo dicho, nada de extraño tiene la ocurrencia del P. Bogarín: que escriba ella misma la “novela rosa” de su relación con Sauá.:

“[El P. Ramón Bogarín] me encareció, ésta es la verdad, **escribiera, en forma de novela**, de nuestra vida, que sería una excelente propaganda a favor de las obras Vocacionales: el **desprendimiento** de todo lo más querido por un ideal santo. Le cuento que, en un comienzo, me entusiasmó bastante; pero ¿cómo hacer? En fin, esto es secundario” (Csa 19, 5).



4

EL IDEAL DE LA VIDA CONSAGRADA EN EL CARMELO

Ideal de entrega total: “El asunto es dar todo, para conseguir también todo” (Da 72).

Por eso, a poco de la partida de Sauá, expresa ya su ideal de entrega total al Señor:

“Quiero inmolarme, y lo antes posible; a veces estoy **un poco** cansada. Sólo sé que algún día llegará también para mí, sin merecimiento alguno, ¡ese desprenderse totalmente de todo! ¡Qué felicidad, Señor! Es así, cuando me animo, Sauá, [a] seguir peleando, como se vive en este suelo: esquivándose, con indecible prudencia, de tantas y tantas cosas” (Csa 16, 6).

“No sabe las ganas inmensas que tengo de **dar algo**, pues cada vez me convenzo más de que ¡nada he dado todavía! Pida, le ruego, Ud. que está tan cerca de Nuestro Señor, para que sacie, en parte

aunque sea, este desbordante deseo de llenarme de Él y luego rebosar para los demás” (Csa 17, 6).

Su entrega total la había concretado primero en su el apostolado:

“¡Qué ansias inmensas, Sauá, de volar, de correr por los caminos de nuestra Patria, si no me han dado el **poder recorrer otros caminos**, y llegarme a los rincones más apartados y solitarios, nuestros pueblos del interior tan necesitados de nuestros círculos y centros de Acción Católica que muchas veces están pendientes de una, de un gesto de fraternidad para lanzarse al sacrificio y la acción! ¡Quién tuviera alas! Mas todo esto [lo] estoy **crucificando**, porque así es, Sauá, desde que estoy en la Acción Católica por que el Reinado de Dios sea una realidad muy pronto en nuestra patria y en el mundo entero” (Csa 41, 9).

La vivía desde su virginidad, pero imaginaba vivirla en vida religiosa:

“Yo te consagro todo, todo, todo, Señor. Hazme ver te ruego, Señor mío, lo que en esa **entrega** Tú quieres de mí. ¿En qué campo quieres que me llegue a **extinguir**? **La consagración de mi ser**

está hecha. Mi castidad (eso es, eso sobre todo) está inmolada. ¿Dónde quieres que se ofrezca la oblación? Dadme, dadme, oh María, la gracia de que vea!, y pueda lo más pronto, cortando con lo que me ata, romper e ir a Cristo, a abrazarme a solo Él y en Él vivir por mi amado hermano, día a día, consumiéndome...” (Da 49).

“¡Servirte, servirte, servirte con integridad de vida dondequiera que sea, pero consagrándote mi **pureza y virginidad!**” (Da 59).

“[El P. Ramón Bogarín] me pidió que me preocupara de todo... y no dijera ni eligiera **en este momento ningún estado**. Aunque después me dio a entender algo con esta pregunta: **Y... ¿dónde pensaba ir?** , refiriéndose a mi vida futura en religión... Pida al Señor me haga ver claro ¿dónde tenga que servirlo!... Pienso ir al retiro cerrado... y allí ya determinar” (Csa 19, 5).

Pide al Señor le muestre dónde la quiere:

“Dentro de este estado de total **entrega**, al que voy abrazándome poco a poco, ¿cuál será la nueva faz de ella? Mas ¿por qué me inquieto, Señor? Si a Ti me he entregado y en Ti me he abandonado,

¿qué es lo que temo? Es que **no veo claro** dónde el Señor me pide la entrega” (Da 179-180).

“En este momento..., como nunca, con ardor inigualable, quisiera **darme, dar-me**, Jesús, Maestro amado, sin medida. **Esposo de mi alma**, Tú que conoces mis ansias de apostolado, de celo por la salvación de las almas, ayúdame a que sepa dónde quieres la consagración integral de todo mi ser. Tú sabes que aun lo **más querido**, precisamente **eso**, he dejado por tu amor y por que todo mi ser te perteneciera” (Da 128).

Habiendo dado ya todo, le ofrece a Dios la salud, la vida:

“Tanto le pido a Dios, no que me muera pronto, pues tanto tengo que purgar, sino que físicamente, al menos, si es para su Gloria, me inutilice, y pueda hacerle una ofrenda ininterrumpida de mi vida” Da 105).

“Te ruego, Dueño mío, que me lleves, si es necesario, o me inutilices antes que **claudicar** o de Ti apartarme. ¿De qué valdría la vida? ¿Qué fuera de mí entonces?” Da 180).

“Cuanto más haya que hacer y donde estar dando gota a gota nuestra vida, tanto mejor; hasta que llegue el **día ansiosamente esperado** [del ingreso en la vida religiosa]. En este momento mi papel no es otro que recibir todo con calma, todo venido de la Providencia, y **no traicionar la causa**” (Csa 37, 2).

“Hoy tengo... la felicidad de poder seguir ofreciendo, máxime cuando mi situación con papá cada día **es mejor; ¡al revés!** Me desespera el día que tenga que ¡resolver definitivamente!, Sauá. ¡Los problemas familiares me agobian, y aun así estoy esperando con ansias el día! Nada más me atrae; vivo en una inquietud constante. Ayúdeme con sus oraciones. ¡La lucha acá en casa (por la vocación) es maravillosa! Pida, sobre todo, mucha paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, fortaleza, ánimo y perseverancia, ¡y todo lo necesario para la gloria de Dios y salvación de las almas!” (Csa 38, 8).

Vocación a la vida contemplativa en el Carmelo

*Pensó en abrazar la vida religiosa primero
en un instituto misionero:*

“En cuanto a mis Misiones, ¿verdad, Señor, que allí me quieres? ¡Habla, Señor, tu sierva escucha! Ilumina mis tinieblas, que yo conozca mi fin; que yo te conozca, te ame y te siga; te sirva con integridad de vida. No busco otra cosa, mi Dios, sino tu Gloria” (Da 197-198).

Pero duda en su opción por las Misiones. ¿No será una donación más radical, ofrecerle a Dios incluso su atractivo por las Misiones?

“Me persigue algo así como una tristeza intensa y profunda: por un lado, el ansia de entregarme en cuerpo y alma al **Divino Esposo** en un convento...; y por otro lado, ¡la necesidad del apostolado laico, el estar en todos los ambientes y en todo momento”! (Da 163).

Claro que en cualquier lugar donde se encuentre será “misionera”:

“En medio de todo, yo siento que el apostolado, ya sea de oración o de acción, ésa es mi vocación. Pero ¿dónde mismo? Mi consagración al Señor está hecha; ya nada me pertenece ni me pertenezco... Soy impaciente, porque quisiera verme

definitivamente allí donde tengo que estar” (Da 205).

“Yo... estoy ya decidida a mi vocación: no veo mi felicidad fuera de una entrega total de abnegación y sacrificio y de inmolación constante de mi vida por la Gloria de Dios y la salvación de las almas ¡y santificación de mi sacerdote!” (Da 202).

Así resolvió entregarse a Dios en vida religiosa y, más en concreto, entregarle hasta la íntima satisfacción del apostolado directo, al que tan inclinada se sentía por temperamento y por amor a las almas. Con esa ansia ardiente de entrega “apostólica”, se desprende hasta del carteo con Sauá:

“Sólo puedo asegurarle que tengo una sed devoradora de entrega... Le cuento que esto que estoy haciendo (escribirle) ya casi no tengo derecho [a ello], ¡y lo estoy haciendo como a escondidas! Perdóneme; ésa es la causa de mi silencio. Es necesario sustraerse a **todos** y a todo, para que la **entrega** pueda ser hecha con desprendimiento y generosidad” (Csa 46, 6).

En las manos de María, se encamina al Carmelo:

El día 8 de agosto de 1955 parece que quedó fijada la fecha de su ingreso en el Carmelo, y ella se puso en las manos de María, y por María en las de Jesús:

Por María, a Jesús: “¡Todo mi ser puesto en las manos de Ella! ¡Profundamente feliz!” (Db 1).

“Sé que me esperan todavía muchas luchas más, tanto de orden interno como de orden externo; pero ya pronto, con la gracia de Dios y la Protección de mi Madrecita, **¡no me perteneceré más!** Seré íntegramente de Ella y por Ella, de Jesús” (Db 1).

Es una vocación de alabanza y amor:

“Ya no veo el día... en que pueda abocarme a mi vocación principalísima, como criatura humana de Dios: **¡Alabarle!** Alabarle más y más, y **¡siempre alabarle!** Dormirme en su Corazón de amor, abrasarme con esa llama inextinguible de su Caridad y allí dejarme llevar, ¡Virgencita mía! Entonces podrán ser verdad aquellos versos:

Que se consuma mi vida
con calma, en silencio, a solas,
brindándote en mi plegaria
el homenaje mejor.
Si es necesario, ahora mismo.
Nada, Señor, es ya mío;
La vida Tú me la diste,
¡yo te la entrego, mi Dios! (Db 3).

*“Por María, a Jesús”. Tal es la consigna y
la táctica de Chiquitunga:*

“Nada más quiero pertenecerme, sino sólo a Ti, ¡Madrecita!, para que tú, tomándome de las manos, como a una pequeñita, ¡me lleves adonde Él!, el único, el exclusivo amor de mi corazón. Tú sabes cuánto es que debo agradecerte, ¡y por Vos, a Él!”. “**Nada** merezco, nada absolutamente, pero aquí me tienes. Siento como una fiebre abrasadora, que arde en mis entrañas por deseos de ofrecirme, de inmolarme, **de acabarme** por mi Dios y mis hermanos” (Db 5).

Oblación radical de clausura, pero de alcance misionero universal:

“Que, aunque [no valga] nada la inmolación de mi vida, con un sentido profundamente católico, llegue hasta [todo] el mapa, al [último] rincón del mundo” (Db 6).

Dos meses antes de ingresar, a Chiquitunga se le ofrece una oportunidad apostólica y económica tentadora (ser propagandista rentada en todo el interior), pero escribe:

“Quiero, a pesar de todo, **quemar** todo. ¡Virgencita, Tú conoces mis deseos; ampárame; cuida la ofrenda de mi vida para Jesús!” (Db 7).

Durante la novena de la Inmaculada de 1854, retirada en Caacupé, sin permiso aún del papá para ingresar en el Carmelo, le escribe solicitándolo:

“Siento una tristeza profunda... Pienso y pienso qué hermoso hubiera sido poder estar acá todos juntos y a los pies de Ella, la madre de todos, consagrarle nuestras vidas enteras”.

“...Me temo que sea en nosotros la resistencia a las continuas llamadas que nos hace. La única verdadera vida del hombre es la que se entronca en

la de Jesús, y cuanto más entroncada esté en Él, por la Gracia Santificante y la recepción de los Sacramentos, entonces se es más hombre y se vive de verdad. Tal vez los métodos empleados [por mí para atraerlos] no hayan sido los apropiados; pero sí, la buena intención la tuve...”.

“Los quiero más, mucho más, de lo que Uds. pueden imaginarse, pues lo quiero no sólo en vista de esta vida terrena, que no es sino la antesala de la Vida Eterna, sino que los quiero en vistas a ésa precisamente, que es en la que estaremos para siempre jamás” (Cfa 1, 1-2).

“Papito y mamita del alma, imagínense que si, como... entregasen ya a dos de nuestra hermanitas a hombres buenos..., también [me entregasen a mí]..., pero esta vez devolviendo a Dios ¡lo que Dios les había dado! ¡Ofrecernos a todos a la Madre Celestial, y en especial esta vocación a una mayor perfección, [con] que, sin merecimiento alguno de nuestra parte, Dios, sin embargo, se dignó distinguirnos!... «¡Si conociesen el don de Dios!», ¡no sólo entregarían **este** pedazo de Uds., ¡sino a todos, a Dios Nuestro Señor!” (Cfa 1, 2-3).

Un mes antes del ingreso (2 de enero de 1955), en el “Diario B”: Chiquitunga habla a Jesús:

“¡Jesús, mi Jesús amadísimo! ¡A un mes justo del sublime día! Mi indignidad, a medida que pasan los días, se me agiganta: pero tu misericordia es infinita, pues has puesto los ojos sobre esta criatura miserable, este puñadito de tierra, ¡esta pecadora ingrata, INGRATA! **¡Porque miró la bajeza de su esclava!** Ansío con indecible ansiedad hacer esta entrega, desasirme de **todo**”.

“Pero tienes que darme fuerzas para ser perseverante hasta dar la última gota de sangre y el último suspiro de vida. Especialmente papá y mamá, que entiendan el alto honor, la dignidad y bendición inmensa que constituye esta elección, sin merecimiento, en nuestro hogar, y antes que desesperarse o desalentarse, encuentren un santo consuelo en tu divino Corazón”.

“Dulcísimo Jesusito, pequeñito de Belén, acepta la pobre ofrenda de nuestro hogar, ¡Fuerzas, Jesusito, pequeñito de Belén, muchas fuerzas para que hagamos solamente “aquellas cosas que alegran tu Corazón”!

“Y vos, Madrecita del alma, Virgencita María, por tu intermedio quiero entregarme toda entera a Jesús. En esa fecha [el 2 de febrero], que es muy tuya, junto con tu **pequeñín**, preséntame a mí también al Padre Eterno, y ya que Tú no necesitas de **purificación alguna**, Madrecita mía, haz que mi corazón, mi alma sea la que se purifique, pero de tal forma, día a día, que pueda presentarme al Señor y por Él pueda ser aceptada. ¡Que día a día, desde hoy, vaya escalando más y más los grados de la perfección, hasta verse cumplida en mí íntegramente la Voluntad de Dios!: ¡Ser santa!, ¡pero sólo para Él y para Ti, Madre celestial! Desde hoy nuevamente tómate de la mano, y así, con una en la tuya y la otra asida a tus faldas, vaya sin desmayo, amando cada vez más y más este ideal de perfección para mí y para todo el mundo” (Db 7-8).

“Después que la aproximación de mi entrada [en el Carmelo] hace que esté viviendo horas de grandes emociones, ¡inolvidables!, cuanto más se aproxima, amo más ese **misterio**, por el que quiero con tu ayuda, Jesús mío, dejarme abrasar toda **entera sin reservas**, no pertenecerme en absoluto ya a mí, ir desapareciendo, aunque **lento, pero seguro**, para que Tú **crezcas** y nadie más que Tú. Que

mi vida naufrague en el mar infinito de tu amor y se consuma mi alma de **amor, y más y más amor**”.

“Virgencita Inmaculada, Madre de las Vírgenes, guarda, te imploro, Mamacita buena, a esta tu pequeña, que junto a tus plantas temblando está, - pues hierve su sangre - y su pecho se agita, - su carne marchita - ¡la quiere engolfar!”.

“Enséñame, mamacita María, a ser sencillita, - como una pequeña, - que siempre a tu manto, - está asido mi ser; - y en Ti se contemple, - que imite tus huellas, - ¡oh Virgen de estrellas!, - sé mi Madre, sí” (Db 9-10).

“Respecto a mi vocación [al Carmelo], Jesús mío, siento un gozo interno grande. ¿Verdad que no me abandonarás? Te imploro: aumenta en mí la Fe, Esperanza y Caridad, y me des, junto a otras tantas almas que también necesitan, ¡la Perseverancia final en vuestro servicio y amor! “ (Db 10).

“Jesús, mi «pequeñez dichosa» te canta, como un niño, para decirte ¡Amor!; pues no miras mi miseria, la mía especialmente, para colmarme de gracias y bendiciones” (Db 10).

“Las mismas características con que me juegas siempre. ¡Después de una inmensa dicha, satisfacción y gozo, una tristeza, un desmoronamiento hasta cerca de sucumbir! (Db 10).

“¡Pronto, Señor, te perteneceré toda íntegra! ¡Comenzaré esta grata, pero difícil ascensión de un **noviazgo** de pruebas para mis desposorios Contigo! Y te imploro suplicante fuerzas muchas, las necesarias para la perseverancia, ¡hasta **el fin de mis días!**, en tu Santo Servicio, alabanza y reverencia” (Db 11).

Luego de despedirse para siempre de sus Pequeñas, escribió en el Diario:

“Tú sabes, Señor, cuánto las quiero, y aunque las tengo así tan dentro de todo mi ser, sin embargo, no siento nostalgias al dejarlas, pues no las dejo; antes bien creo que, con tu gracia, recién ahora voy a servir las, y servirla a la que es nervio de mi existencia, la Acción Católica!

“Ayúdame llena de gracia, a que pueda **exprimir** este resto de vida que me queda, largo o corto, pero hasta el agotamiento integral, ¡en una

entrega también integral! ¡Que yo desaparezca, que Él crezca!” (Db 12).

Carta de despedida a Sauá:

“El miércoles, 2 de febrero, con una sencilla ceremonia..., dejaré tras mis espaldas todo, para abrazarme a solo Él, el único que puede saciar las ansiedades de mi corazón. Entregarme, hermano del alma por nuestro Ideal, para que en los dos y en todas las almas que necesitan su gracia sea verdaderamente fuente de Paz y felicidad” (Csa 47, 1).

“Narrarle todo el proceso de mi entrada al Carmelo sería interminable, Sauá; sólo puedo decirle con la certeza de una realidad ya, que la Virgencita, la del Año Mariano, la Llena de gracia, ha hecho y sigue haciendo maravillas en mí y en los míos y que... me hago deudora de muchas cosas para con Ella” (ib. 2).

“Siento verdaderamente como conmociones fuertes, Sauá, cuando pienso que el Señor haya mirado la bajeza de su esclava, y no puedo sino concluir que Dios de esta vez ¡ha elegido **a ciegas para su esposa!** Ayúdeme, Sauá, ahora más que nunca, a que pueda serle fiel hasta en lo más mí-

nimo, y ¡que llegue a conseguir aquel grado de Santidad, de perfección que Él me tiene señalado! ¡Ser santa para Él y sólo para Él!, y así, ¡consumiéndose mi existencia, día a día, gota a gota, para su mayor gloria y salvación de las almas!” (ib. 2-3).

“Hoy, feliz como nadie, ¡puedo ofrecerle [a Dios] con más seguridad mis oraciones por su Ideal! ¡Adelante, hermano mío, - que, si dura es la jornada, - en la cumbre está la meta, - a la que hemos de llegar; y en su cima está la palma - para todo aquel que llegue - con los brazos en la Cruz! - ¡Ayudémonos, que [es] áspero el camino, - y vayamos con María hasta triunfar!

“Sauá, hermano mío del alma, ¡hasta la eternidad!” (ib. 4). *¡No volvieron a escribirse ni a verse!*

El día 2 de febrero, antes de salir de la casa paterna hacia el monasterio, Chiquitunga escribió al dorso de una estampita a su amiga Ma. Hortensia:

“Para mí, en este momento de tanto gozo, sólo esto es mi alimento: Amar a Dios hasta la consumación de todo mi ser”.

Inmolada en el Carmelo.

*Después del ingreso emocionante, el día 2 de febrero y después de quince días de “cielo”, la postulante escribió su **primera y última nota** en el “Diario B”, en la que pide a Dios una sola cosa: Amor.*

“¡Dios mío, Trinidad Santísima! ¡Jesús Crucificado!, ¡Virgen María del Carmen! **Una sola cosa** voy a pedir, que lo demás me vendrá y me lo daréis por añadidura: lo que pido es **Amor para Amar**, que con ello nada me faltará, nada me sobrará” (Db 13).

Durante los Ejercicios para la toma de Hábito (7-13 de agosto)

*La vocación de la Carmelita no es hablar a los hombres de Dios, sino a Dios de los hombres. Un **silencio total** cubrió para siempre a la “dinámica y popular apóstol de la Acción Católica”... Nadie pudo levantar ni un poquito el “velo” del misterio..., que ella vivió en “**olvido de lo creado**”, y “**memoria del Creador**”.*

*Después de un mes escaso de grandes consue-
los espirituales, se abatió sobre ella la más oscura
“noche del espíritu”, la cual llegó al ápice de su
virulencia durante los Ejercicios Espirituales pre-
paratorios a su toma de Hábito. Providencialmen-
te, la Sierva de Dios necesitó objetivarse en unas
pocas páginas, escuetas, dramáticas..., descubier-
tas muchos años después de su muerte.*

*Según ese escrito, Chiquitunga, después de dos
días de soledad en una oscuridad cerrada, el día 9
de agosto, estimulada por el confesor a que “se
resuelva de una vez”..., se le ocurre echar a suer-
tes si retirarse o continuar... El confesor lo juzga
acertado (¡); la “suerte” respondió: “Quiero mo-
rir en el Carmelo”...*

*La postulante Ma. Felicia prorrumpe en ex-
presiones ardientes:*

“¡Jesús, Jesús mío! Sí, ésta es tu voluntad. ¡Tú
ves mis flaquezas, **mi cobardía, mis miedos**, mis
miserias! ¡Sola no puedo! ¡Jesús, en tus manos
encomiendo mi vocación! Por momentos es tanto
el peso de tu Voluntad, que ¡quisiera morir! Tengo
horror al sacrificio, a la Cruz”.

“¡Ayúdame, Virgen Santísima! Niñito Jesús de Praga, el del milagro de mi vocación. Santa Madre nuestra Teresa, tú que conoces mi poca simpatía para con vos, ¡perdóname!, pero ayúdame también. Si es que he de ser mediocre, Santa Madre (como con mi miseria estoy llamada a serlo), intercede por mí ¡y haz que muera!”.

“¡Padre!, Padre mío, Dios de mi vida. Mi nada, ¡tan tuya!, vuelvo hoy a entregárte[la], sin saber cuántas veces aún te [la] he de sustraer, y patalear desesperada por hacer mi voluntad y no la tuya. ¡Y aquí estoy, Señor! ¡Tu voluntad!, pero ¡ayudada de tu **fuerza**, de tu amor, de tu misericordia, mi Dios!... + ¡Morir, enséñame a morir!” (Dc= CV 15).

Día 10 de agosto:

“Morir aquí en el Carmelo
es mi ideal, oh Señor;
pero no tengo ya fuerzas,
si no me sostiene tu amor” (Dc=CV 16).

Día 11 de agosto:

“Ansias de amar con fervor.”
“Morir, olvidar;
Vivir para amar” (Dc=VC. 17)

Día 11 de agosto: Entrega al Señor:

“Yo me entrego a Ti; **no sé a qué**, pero **me entrego**; con miedo, sin embargo, y con **cobardía**, pero me entrego. Como nunca estoy palpando tu poder, **mi dependencia** de Ti, y aun así, ¡Tú ves y sabes cómo estoy! Sólo con tu Misericordia, confiando en ella, me arrojo a esto que sobrepasa toda fuerza humana ¡y más aún la mía! ¡Ten piedad de mí! Ayúdame a **querer** lo que Tú quieras, Jesús” (Dc=CV 18-19).

Propósitos:

- 1.- Vivir en el convento como si sólo existiera Dios y yo.
- 2.- Ver en cada una de mis hermanas la imagen de Dios, morada de la Santísima Trinidad.
- 3.- Ser para todas y en todo el **pañó de lágrimas** sin traspasar **nunca** los límites de la **santa Obediencia**.
- 4.- Hacer consistir mi perfección, no en lo que puedan apreciar las criaturas, sino en lo que conoce mi Criador.
- 5.- **Morir** para Vivir y vivir para **amar**, (Dc=CV 19).

Día 12 de agosto: Sigue la oscuridad interior.

“¡Salgo de vísperas, el ánimo por el suelo: un temor angustioso de tomar el santo Hábito! Si es tentación, mi Dios, devuélveme la alegría, que es tan triste ser triste; o por lo menos, la **fuerza para sonreír** y mostrar [buena cara].

“Me angustia lo indecible ver con cuánto afán todas trabajan para ese mi **gran día**, ése que debe ser mi gran día. Y yo, dura como una piedra, más aún, hasta con desprecio de todas las cosas.

“Santa Madre nuestra Teresa, ¡dadme ese espíritu; ese **ánimo animoso** que quieres en **tus hijas!**”

“¡Cómo no vibro, Jesús, ante la inmensidad de tu misericordia con esta miserable, mil veces indigna elegida tuya! Ayúdame Jesús. **Creo** que ésta es tu voluntad”.

“Tengo que «decir faltas»; estoy como un palo seco. ¡[Tengo que] agradecer! ¡Si no tengo palabras [para] todo lo que hacen por mí! Virgen María, Madre santísima, ¡agradece por mí!

“Madre mía, ¡devuélveme la **alegría** de sentir a mi Dios; que es triste, muy triste, Madre, en este **día tan grande** estar triste otra vez!” (Dc=Cv 19 y 29).

*Día 13 de agosto: víspera de la Vestición.
Se percibe una claridad en su espíritu...,
mientras ella aparece fundada firmemente
en fe, esperanza y amor.*

“Hubiera querido vibrar de amor, de agradecimiento, **de dolor**, pero sólo puedo entregarles [a mi Dios, a Jesús y a la Virgen] un corazón con deseos grandes, grandísimos, de hacer **la voluntad de Dios y nada más**, que se ha dignado mirar la bajeza de su esclava... Y ¡cuántas delicadezas para con esta **resistente miserable!**” (Dc=CV 21).

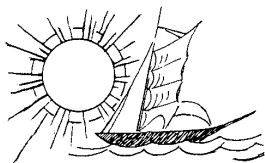
“Jesús, Tú conoces mi interior, Tú conoces mis miserias. Apíadate de mí; ¡dadme, te imploro, la gracia de **Amarte** con todas las fuerzas de mi alma y servirte con todas las fuerzas de mi cuerpo, sin desmayos!, la santa Perseverancia y un deseo cada vez mayor de santidad. **Aumenta mi fe, mi esperanza y mi caridad.** Haz que sea dócil y humilde, y que pueda ser, en verdad, el paño de lágrimas de esta Santa Comunidad, que en Santísima Caridad,

me ha acogido y permitido hoy la vida en compañía de ella” (Dc=CV 22)

El día 14 de agosto recibió el santo Hábito del Carmelo. El espíritu de la Hna. Ma. Felicia de Jesús Sacramentado está fielmente retratado en el ofrecimiento impreso en el recordatorio:

“¡Padre!, acepta para tu gloria la entrega total de todo mi ser, en unión con el perfecto holocausto de tu divino Hijo; en Él, con Él y por Él, quiero vivir, amar, gozar, sufrir y morir. Elijo su Corazón como lugar de mi eterna morada”.

La Hna. Ma. Felicia no volvió a escribir nada en sus años de vida carmelita; sólo hizo una cosa: amar en silencio.



5

EL IDEAL ALCANZADO: “¡MORIR DE AMOR!”

Repito: fueron cuatro años de ¡amor silencioso! en el Carmelo. Sólo en su último mes de vida, Dios “la forzó” a escribir ocho cartas a la M. Priora, Teresa Margarita del Sdo. Corazón de Jesús. Vamos a sacar de ellas unos pocos “pensamientos” al ritmo de la enfermedad que la llevó al “dulce encuentro” con Jesús.

*Durante su vida laical, Chiquitunga había escrito **cosas lindas sobre la muerte:***

“¡Señor!, ¡fuerzas para servirte hasta dar la última gota de sangre!” (Da 57).

“¿Tendré suficientes fuerzas, Señor, para llevar a feliz término todas ellas (*las actividades programadas*)? Aunque, al fin, yo desaparezca, Señor, ¡con qué alegría entonces podré brindarte el alma mía!” (Da 55).

“¡Morir por tu amor, qué sublime ideal! Pero ¡qué sublime dignidad también! Hazme la gracia de morir, **si posible fuera**, como mártir, ¡entregándome, Jesús mío, desde ahora! ¡Tengo tantas cosas, pero tantas, sin embargo que pulir en mi espíritu, en mi alma!” (Da 176-177).

“No le tengo miedo a la muerte, más aún, la quiero entrañablemente; no sé si porque aún no he sentido en carne propia sus **destrozos**. Pero sí que me siento tan, pero tan feliz cuando sé de alguien que haya muerto..., se entiende en gracia de Dios” (Da 205-206).

“Yo pienso que no hay que llorar ni entristecerse [por la muerte de un amigo], cuando que es el día de nuestro **encuentro** con la Trinidad Santísima, la realidad suprema de nuestro existir” (Csa 20, 4).

En el sanatorio “Mayo”

Ante los graves síntomas y la no disponibilidad de camas en la Cruz Roja, la Hna. Ma. Felicia fue internada de urgencia en el Sanatorio privado ‘Mayo’. Probablemente el martes de Pascua de 1959.

*El viernes (Primer Viernes de abril) escribe que se siente “desterrada” (Cmtm 1,1). La acompaña sus parientes...; pero le faltan sus hermanas de comunidad... En cambio, su “Jesús Eucarístico y Carmelitano” (ib.) la acompaña siempre; y explica lo de “Jesús Carmelitano”: porque “¡sé que junto con Él viene **siempre Nuestra Madre Santísima**, que me acompaña verdaderamente, sin dejarme sola un instante, a pesar de que esta su hija es tantas veces ingrata!” (ib.). Es el encuentro con los Corazones de Jesús y de María en la Eucaristía (cf. 2, 3).*

*Esta enfermedad es contratiempo grave para su próxima Profesión Solemne; pero se deja a la **Voluntad de Dios** con un lema:*

“Lo que Dios quiera; cuando Él quiera” (Cmtm 8, 8).

“A veces pienso qué será lo que Jesús quiera de mí, pues que me desoriento con todas estas cosas que me pasan” (ib.).

Pero está puesta en la voluntad de los médicos, que para ella es la de Dios. “Los médicos..., al verme, me dicen:

“«Pero ni parece que esté enferma, hermanita; tiene muy lindos colores y está gorda». Yo, a la verdad, también me siento bien; no siento ninguna molestia, y procuro, con la gracia de Dios, hacer todo cuanto me indican los médicos, con reposo en la cama... Madrecita, le ruego le pida al Freddy (*su hermano médico*) que no me dejen tanto tiempo fuera [*del monasterio*]”. Y añade humildemente: “¿Eso es seguir quejándome? ¡Perdóneme, por caridad!” (Cmtm 1, 2).

Así tiene ocasión de ofrecer su enfermedad por los sacerdotes:

“Gocé mucho, pues era primer Jueves Sacerdotal”.

Y ofrece su total inapetencia:

“Lo mejor, Madrecita, que comí **¡todita la cena!** sin protestar” (Cmtm 1,2).

Aunque su sacrificio mayor es estar fuera de su querido Carmelo:

“¡Estoy ansiosa ya de volver! No digo nada, sin embargo; pero a veces, sin querer, se me escapa un suspiro hondo...” (Cmtm 1, 3).

El Sanatorio es para ella una “sucursal” del monasterio:

“Guardo bastante más que en la anterior vez (en la cruz Roja) el silencio; escucho sin comentar, y aun a veces ni siquiera eso, pues trabajo por mantenerme recogida y en la presencia de Dios” (Cmtm 1,2).

Así una de sus primeras noches en el Sanatorio, de madrugada, “[está] despierta desde hace ya rato, sin saber la hora ni poder siquiera calcular, pues todo es silencio. Sólo se escucha la lluvia que, como gracia del cielo, está cayendo”..., y añade:

“Y quiera nuestro buen Jesús sea no sólo en la tierra, sino también en nuestros corazones, especialmente en el mío..., que tanto necesita “(Cmtm 1,1).

El 3 de abril ha llegado a Asunción el P. Provincial de los Carmelitas, y va a hacer la Visita Canónica a las Monjas Carmelitas. Chiquitunga escribe “unas líneas” para hacerse presente:

“En estos momentos tan gozosos en compañía de N. M. R. P. Provincial, a quien con tanta ansiedad hubiera querido también verle... Desde que lo supe..., no hago sino imaginarme, momento tras momento todo lo que estarán pasando ¡con una gracia de Dios tan grande! ¡Cuánto me pide Jesús! Pareciera poquita cosa, Madre mía, pero para un alma tan pequeñita como la mía, ¡todo se le hace montañas! No dejo de aprovecharlo para **ofrecer todo** y para **ofrecerme toda** por nuestra vocación de Hostias inmoladas por amor”.

Y se atreve a sugerir si el P. Provincial podría ir a verla: “Aunque sólo sea un momentito” (2, 1).

Entretanto sigue fielmente su vida carmelita (silencio, oración, retiro) en el lecho:

“Muy tempranito estuve despierta: recé las horas, hice un poco de oración... Estoy verdaderamente mucho más tranquila que la vez anterior. Con el tiempo lluvioso de ayer, casi ni los de casa pudieron venir. El P. Usher (*capellán de las Carmelitas*) estuvo un ratito... Me paso rezando el rosario, porque no puedo manejar las manos (*impedidas por las transfusiones*), y haciendo oración.

Trato, en lo posible, de no molestar a nadie y callar” (2, 2).

Su obediencia religiosa aquí pasa por los médicos:

Vinieron a “sacarme sangre del hueso de la cadera, con todo un instrumental, para lo que me anestesiaron localmente... Luego me sacaron sangre de la vena del brazo en cinco pinchazos, porque no me acertaban a sacar. ¡Gracias, Jesús!... Hoy no sé cómo se presentará el resto del día. ¡Como Dios quiera! ¿Verdad, Madrecita?” ¡Como Dios quiera!

Sus ansias de volver a la clausura son:

“para poder darme de nuevo de lleno a **sólo Él** como **en otro tiempo**, y [a] la Santa Comunidad y ¡por ellos, los sacerdotes, [por] las almas todas del Cuerpo Místico de Cristo!, ¡por la Iglesia, Madre mía!... Pero todo se lo ofrezco a Jesús, para que Él disponga como quiera” (2, 2-3).

¡Y además, para prepararse a su consagración definitiva en la Profesión Solemne!

“Por si N. P. Provincial no pudiere venir, que muy humildemente le ruego me haga la caridad de darme una bendición **grandota de Padre** para todas mis necesidades y, en especial, para la gracia inmensa de la Profesión... Sé **perfectamente** que no soy digna, Madrecita mía; pero le ruego no me vaya a dejar, que quiero entregarme **sin reservas para siempre a solo Él...** Espero con toda el alma me ayude y me alcance lo que tanto siempre le pido: ¡«la gracia de perseverar en Vuestra santa Casa y Servicio, hasta el último aliento de mi vida!» (2, 3).

El día 4 de abril fue “un día intensísimo en todo sentido”, ante todo, por la oportunidad de “ofrecer muchas pequeñas cositas” al Señor (3, 1); entre ellas la de resignarse primero “a no verle” al P. Provincial; y luego, la de gozar de su presencia...

Dos cosas dejó la enferma bien claras ante el Superior: su amor a la vida de clausura, y su deseo ardiente de la Profesión Solemne.

“Quedé -dice- tan feliz, que ¡sólo Dios puede llenar una alma pobrecita con cosa que parece nada!”

Y añade:

“Ofrecí mucho por que muy pronto podamos también nosotras tenerlos más cerca [a los Padres Carmelitas] y poder estar penetradas de esa espiritualidad propia de nuestra vocación” (3, 2-3).

Y como la enfermedad avanzaba inexorable, continuaron las transfusiones y las punciones dolorosas, etc., para las que la Hna. Ma. Felicia sólo tiene un comentario lacónico:

“¡Todo es obsequio de Jesús!” (3, 4).

Así reacciona siempre, porque, como explica:

“Trato de permanecer muy unida a Jesús y a Nuestra Madre Santísima” (3, 7).

¡A lo que él disponga! “Hoy por vez primera, se me **escapó** (sic) unas palabras de gestos (sic) de que ya quería volver [al monasterio], y fue cuando entonces dijeron que sí: ¡que me trasladarían a la **Cruz Roja!**”

Su reacción fue de abandono sencillo a la Voluntad de Dios: “¡Madrecita!... **¡Jesús tomó de**

verdad la ofrenda! «A lo que Él disponga» digo con toda el alma; y si Él así lo quiere, ¡sabe por qué! Pero ¡a la Cruz Roja otra vez!» (3, 7).

La quieren animar diciendo que “con las religiosas [que atienden] en la Cruz Roja”, se va a sentir más en su “ambiente”... Pero no:

“Sólo considero que lo es ¡ese retacito de paraíso que Jesús me dio allí con V. R. y las Madres y Hermanas del Convento! Perdóneme y ayúdeme ¡a que mi **queja no sea una queja!**” (3, 7-8).

¡Y no era una “queja”!..., pues, sospechando ya su gravedad, da gracias por todo:

“Estoy un poco abatida; me esfuerzo todo lo que puedo para hacer cuanto sea más perfecto y reponerme pronto de algo que, como decía la M. Superiora, no tengo...; pues quien me ve no dice sino que estoy muy gorda y vendiendo salud... Sin embargo, estoy estirada, quieta aquí en la cama, ¡sin moverme para nada! ¡Estoy seriamente intri-gada! Y no creo que se esté gastando porque sí no más ¡con todo lo que me ponen de inyecciones y pastillas y suero!

“Gracias, Jesús, ¡todo sea por tus ministros, la Iglesia, la Orden, nuestra Comunidad, Vuestra Reverencias, Madrecita, y, en fin, por todas las almas! Siempre extremosa, ¿verdad?”.

Hará lo que le digan:

“V. R. disponga de lo que tengan que hacer conmigo...” *Por su parte, insinúa pedirle a la Virgen “la lleve” (¡): “Pídale a N. Madre Stma. me lleve pronto o de aquí a ésa (el monasterio) o de ésa Allá... (al Cielo) ¡Total!”*

Y como no acababa de concretarse el traslado a la Cruz Roja, escribe a ratos para unirse a su comunidad carmelita:

“Quiero... estar, aunque sólo sea un ratito, por estas líneas, junto a V. R., Madre mía; aunque puedo asegurarle que no por eso dejo de estar un solo momento en ésa junto a todas y cada una, pues es inmensa ¡la ansiedad que tengo de volver!” (4, 1).

¡Quiere dar buenas noticias!:

“Que estoy engordando y que, pese a mi inapetencia, que pareciera hasta un capricho, como todito lo que me sirven (a veces trago, perdóneme, Madre mía; pero ¡si supiera lo que me cuesta!) (ib.).

En realidad, no mejora; más bien aumentan sus molestias...

“Hoy estoy, como siempre, un poco molesta y con algo más de lo que regularmente suele ser” (ib.). “No sé lo que van a seguir haciendo conmigo. El Dr. Arce me dijo esta mañana que podía levantarme un poquito”. *Pero siguen las transfusiones y los análisis* (4, 2).

Su fuerza es Jesús Eucaristía:

Esta mañana se la trajo el Capellán “tan sorprendentemente, que ya al golpear y abrir la puerta, se estaba con la Sagrada forma en las manos y yo estaba recostada, preparándome para recibirle ¡con muchos actos de amor y de entrega total! ¡Cuánto gocé al verle llegar [a Jesús] hasta mí! ¡Le pedí muchas cosas!... ¡Y como yo estaba sola..., quedamos largo rato con Jesús a solas!” (4, 3).

El aumento de visitas le hace sentir más su “destierro”:

“Si los primeros días estuve, en cierto modo, aislada y muy tranquila, ¡ahora, pues hasta tengo miedo de estar perdiendo el recogimiento! Le cuento que no dejo de hacer mis horas de oración y de estar unida a Jesús; pero, fuera de las personas extrañas que le cuento que vienen, están también los familiares que, aunque el Freddy se imponga, ¡es imposible atajarlos! ¡Cuánto cuesta, Madre mía, **el destierro!**” (4, 4).

Por eso no sabe qué pedir a Jesús:

*Si que “se **cumpla su Voluntad en mí**” (aceptando el bullicio que la rodea, tan contrario a su vocación carmelita), o bien que la devuelva al monasterio, ya que -escribe a la M. Priora- “¡V. R. sabe cómo soy de débil y que ahora, más que nunca, necesito todo el espíritu que debe informar mi vida de Carmelita Descalza!”.*

¡Se siente tan feliz de ser Carmelita!

“¡Si viera cómo me llenó de felicidad tan sólo leer esas palabritas que la muy querida Madre Su-

priora me escribiera en nombre de V. R., Madre mía!: “**In aeternum es Carmelita!** Las veces que puedo desdoble la cartita para tan sólo ¡leer esas palabras!” (4, 5).

Se ha corrido que la van a intentar llevar “de nuevo” al Hospital español (j)...; resignada a lo que sea, exclama:

“¡Gracias, Jesús, donde sea! ¡Pero basta ya de paseos!” (ib.).

Entretanto (es la madrugada ya del día 9):

“Estoy esperando lo único que me mantiene aún con un poco de fuerza: ¡a Jesús Eucaristía! Desde muy tempranito estoy despierta, preparándome a recibirle y con el propósito de mantenerme muy, pero muy unida a Él, con Nuestra Madre Santísima, a quien la tengo siempre juntito a mí” (ib.).

Además hace lo que siempre:

“Ofreciendo pequeñitos actos de entrega por sus necesidades y las de sus familiares todos, y tantas otras necesidades” (4, 6).

En la Cruz Roja

Por fin, el día 10, viernes, la Hna. Ma. Felicia fue trasladada a la Cruz Roja

“Llegué muy cansada; casi no pude subir las escaleras. Tuve que pararme un rato a descansar, y muy mareada por la impresión”. *Pero, sobre todo, con* “un abatimiento más bien espiritual..., que no sabía si llorar o reír”.

“¡Tenía tantas ansias de volver directamente adonde Vuestras Reverencias, **en la celda** de mi amado convento!”. “¡Una necesidad de estar «sola con Jesús solo!»”.

“Haciendo un esfuerzo grande, a todo sonreía y con todos procuraba ser amable”.

Por suerte, no se confirmaron sus temores al bullicio de ese hospital, pues se había dado la consigna de no permitir visitas, dada su gravedad:

“Estoy pasando muy tranquila y (añade para consolar a sus Hermanas, que, por lo demás, conocían mejor que ella su verdadera situación), sobre

todo, Dios mediante, muy mejorada..., que estoy también engordando, aunque me cueste comer, siguiendo siempre la obediencia de no dejar **ni para el ángel**” (5, 1).

Su vida era de recogimiento monacal

“Acá a las 4’30, ya comienzan a andar y hacer limpieza. Comienzo también a prepararme con la oración y el rezo de las horas, y a las 5’30 pasaditas, ya está Jesús acá...” (5, 2).

“Estoy casi todo el día **encerrada** en la pieza y, como le dije antes, casi nadie viene...”;

Ayer le habló el Capellán

“del valor del apostolado del sufrimiento, sobre todo, de este **sufrimiento espiritual** por el que estoy pasando. ¡Ayúdeme a sobreponerme a todo! ¡Quiero con toda el alma reponerme en todo sentido y dar a Jesús **todo, sin reservas de ninguna especie!**” (5, 4).

*Desde el 10 de abril la Hna. Ma. Felicia prescinde en sus expresiones de acontecimientos externos, para centrarse en la **unión de su en-***

fermedad a la Cruz de Jesús y en la perspectiva del encuentro con Él, cada vez más cercano. Sus actitudes son admirables: Todavía pide la salud:

“Hoy, como nunca, pedí a Jesús en la Comunión que me pusiera bien, y a Nuestra Madre Santísima también: que, si era del agrado de su hijo y bien de las almas todas, me diera toda la salud necesaria para poder servirle como una verdadera religiosa Carmelita Descalza”. *Y para ello pone cuanto está de su parte:* “Con toda el alma le digo, Madrecita, que pongo empeño en hacer lo que los médicos me indican”.

Pero intuye que no sanará, y lo acepta:

“A veces presiento que ya no tengo cura y me inquieta lo que siempre: que tenga que ser una carga para la Comunidad. Con todo, puedo asegurarle, Madrecita mía, que aun esa humillación acepto con toda el alma”.

Incluso prevé que el Señor la va a llevar pronto:

“No sé por qué desde ayer estoy con estos sentimientos de que no ha de ser mucho lo que falte para que Jesús, viendo sobre todo mi nada, me lleve pronto”.

En medio de todo, su corazón carmelita palpita enamorado:

“¡Tengo sed de su amor! Un ansia extraña de **entrega total**, de inmolación silenciosa y escondida. ¡Sufro, como no puedo darle a entender, este destierro!” (6, 1).

“Cada día me parece más verdadera mi vocación y la amo como solo Dios puede saberlo”.

Por eso participa con su recuerdo y sus oraciones en los preparativos para la toma de Hábito de las dos postulantes:

“Las acompaño muy, pero muy cerca” (6, 1-2). ¡Cómo quisiera estar presente! *Mas ofrece ese mismo deseo* “por muchas necesidades de la Iglesia, de los sacerdotes y las almas” (6, 2).

El P. Usher, que ha estado a confesarla, se ha quedado “luego un buen rato a conversar” y le

ha conmutado el rezo de todo el Oficio Divino por una parte del Rosario... (6,2).

“El Rdo. P. Núñez estuvo anteayer... Me decía que todos no somos sino como parásitos que, incrustados en Él por una fe viva, una esperanza cierta y una **Caridad** ardiente, formábamos una unidad maravillosa en su Cuerpo Místico; de una vida de oración continua en el sacrificio, en la oración y, sobre todo, en la ¡aceptación plena de su Divina Voluntad!, que ahora para mí es ésta: la **de la enfermedad**, y que ¡no desperdiciara en nada todo lo que de Él me viniera! Me habló también de la fecundidad de este apostolado y que, como Carmelita, ¡mi vida ya no tendría que tener otro sentido sino **su Voluntad!**” (6, 3).

¡Y no desperdiciaba nada que ofrecer, especialmente su inapetencia...!

Ayer “al mediodía comí con mucha dificultad, pero haciendo un verdadero esfuerzo. Me dieron sopa de borí, con mucha grasa y queso, que me repugnó, porque era mucho; pero lo tomé todito... Luego un plato también de arroz seco, con queso de rallar y queso paraguay, pero tan seco que no podía ya; y dejaba, y volvía a comer..., hasta ter-

minar. Por la noche me dieron otra vez la misma sopa; pero, Madrecita, no pude y les pedí que me perdonaran, pues me molestaba un poco el hígado. Tuve un poco de temperatura y hoy me aparecieron otra vez unas manchas en el paladar y la nariz” (6, 5).

El físico de la joven religiosa se desmoronaba. El Freddy, con seriedad de facultativo, decía: “No es nada; es el proceso natural de la enfermedad”; y ella seguía esforzándose en obedecer:

“Le cuento que **comí todito** lo que me sirvieron, ¡sin dejar nada! Madrecita, ¡no dejo de hacer nada de lo que me indican!” (6, 6).

Estos últimos días, el cuarto es un recinto de soledad contemplativa:

“y estoy, sobre todo hoy, con la puerta y ventanas cerradas, casi sola... Todos los días leo un poquito, y de la Santa Madre tomo uno de sus avisos y sentencias para el día, y procuro tener presente y obrar de acuerdo a eso. Hoy mire lo que me dijo: n° 32. ‘Guarde mucho los sentimientos que el

Señor le comunicare y ponga por obra los deseos que en la oración le diere” (6, 7).

*Por fin, el 18 de abril, sábado, ya de noche, se abrió la **última etapa de su ascensión** al “encuentro” del Amado, cuando el P. Capellán le ofreció administrarle el **sacramento de los Enfermos**... En efecto, el día 19 escribe a la M. Priora*

“para darle la grande y hermosa noticia de que ayer, por la inmensa Misericordia Divina, Mons. Moleón me administró el sacramento de los Enfermos: ¡la Extrema Unción! No puedo explicarle la inmensa dicha que me embarga. Con todos mis conocimientos, con toda el alma, paso a paso, ¡fui siguiendo todo cuanto se me hacía! Estaba con tanta paz y felicidad, que ¡no cabía en mí de gozo!...”

Fue muy sencillo todo: “A la noche... vino llegando Monseñor y me preguntó de mi estado... Inmediatamente me dijo: «Hermanita, ¿quiere que le demos la Extrema Unción?»... Y con toda el alma le dije: «¡Sí, Monseñor!» Estaban la Hna. Directora y otra Monjita de la transfusión. Dio media vuelta y fueron inmediatamente y ¡trajeron

todo! Los de casa ni se dieron cuenta al comienzo... Quedé sola con Monseñor a reconciliarme... No hice una confesión general, como hubiera deseado. ¡Estoy, sin embargo, con grande paz!... En la unción de los sentidos me emocioné tanto, Madrecita mía, que interiormente sólo Jesús sabe lo que pasaba... Yo gozaba con tanta intensidad, que sólo una idea me llenaba toda, y era que en brazos de Nuestra Madre Santísima, como me dijera el Padre y Monseñor, me dejara conducir con un **Fiat** sincero y generoso a lo que Jesús de mí quisiera. **¡He aquí, Jesús a tu pequeña esposa!**" (7, 1-3).

“Hubiera querido estar rodeada de todas Vuestras Reverencias y Caridades (*y pedir perdón a la Comunidad de todas sus faltas, a tenor del Ceremonial Carmelitano*), ¡pero aun eso acepto!" (7, 5); *y por eso pide perdón por carta*: “Ahora, Madrecita, postrada junto a V. R., con el corazón en las manos, después de haber pedido a Jesús que Él me perdonara, todos, todos mis pecados de la vida pasada y presente, de todas **mis infidelidades**, especialmente de todo cuanto en esa Santa Casa he ofendido y **desperdiciado**, sobre todo, los inmensos beneficios con que **siempre** me rodeó, le pido me perdone también V. R., Madre mía, **de todo**,

¡tan ingrata como siempre fui para con V. R. y demás Madres! Cuántos trabajos y disgustos que no hice sino ocasionarles, especialmente a V. R. y a la Madre María Elena, y, por fin, a todas y cada una, como si estuviera en el último instante de mi vida: ¡que me perdonen!” (7, 4).

El breve ofrecimiento a Jesús hecho la noche pasada desde los brazos de María, al recibir la Extremaunción, ese “Fiat” a la Voluntad de Dios (“He aquí, Jesús, a tu pequeña esposa”), lo repite y amplía hoy en esta carta:

“¡Quisiera llenarme de su solo amor y no vivir sino sólo para Él! Sólo espero cumplir su voluntad; no quiero otra cosa. Me he ofrecido a Él como pequeñita víctima por los Sacerdotes, por Nuestra Sagrada Orden, por nuestra Comunidad, por mis padres y familiares, en fin, ¡por todas las almas!” (7, 4-5).

“En este momento *-continúa-* escucho que están cantando: «¡Más cerca, oh Dios, de Ti!»». ¡Ay, Madrecita! ¡No sé lo que pasa ya en mí! ¡Creerá que su hija está perdiendo la cabeza...!”.

Es que la Hna. Ma. Felicia, al escuchar el hermoso coral, siente de veras que Dios se le acerca..., mientras las cosas de la tierra se le van esfumando... (7, 5). El alma de Chiquitunga está pronta para remontar el vuelo.

Y aquí relata una anécdota explicable sólo por circunstancias que parecerían ya olvidadas. Don Ramón sólo a regañadientes había dado su beneplácito a Chiquitunga para ingresar en el Carmelo... Ante la enfermedad rebelde de la hija, debió de sugerir a los Doctores le recomendasen cambiar de Orden religiosa..., y éstos quisieron complacer al papá.

“Ayer me llamó la atención lo que el Dr. Arce, junto con el Dr. Osuna, me preguntaron, y es «si yo había entrado al Convento con una resolución rápida o es que antes ya la había tenido». Yo le contesté que desde muy temprano...

Anteriormente ya me había dicho: «Bueno, hermanita; vamos a tener que cambiar de “orden”». (Fue el día de las punciones). «¿De qué, Doctor?» le pregunté. «De “orden”» me respondió. Yo enseguida capté, pero le dije: «Sí, Doctor, ¿cómo no! Primero voy a tomar ¿qué?, ¿el meticortelone o el

otro?» Y se rió, y me dijo: «No, ¡de Orden religiosa!» Yo me reí y le dije: «Bueno Doctor; creo que la única manera va a ser ¡si es que del convento me echan!». Y se pusieron a reír con el Freddy. «Así que, si alguna vez la encuentro por la calle - me dijo - quiere decir que es porque la echaron». Y se pusieron a reír” (7, 7).

El último escrito de Chiquitunga (Carta 8ª a la M. Teresa Margarita), rebosa gratitud a sus Hermanas y abandono confiado en la Voluntad del Padre.

Gratitud por la visita inesperada, de las Madres Priora y Supriora, que, con autorización del Sr. Arzobispo, el día 19, habían ido al Hospital a llevar un poco de consuelo a la “desterradita”:

“Yo sólo puedo decirles «¡Dios se lo pague!», y seguir ofreciendo instante por instante de esta mi pequeñita vida para que Jesús tanto la colme de sus más selectas bendiciones y le devuelva totalmente la salud, para que puedan las monjitas todas seguir teniendo acá en la tierra una Madre semejante a la del Cielo y sea nuestro Carmelo Paraguayo lo que tantas veces expresó su corazón maternal: el des-

canso de Jesús; y sus complacencias, la Betania del corazón de cada una” (8, 1).

Abandono confiado en Dios, de quien se siente colmada de gracias que la fortalecen:

“Yo estoy todavía con la impresión de mi pedido a Jesús y rodeada de verdad de cosas extraordinarias, Madrecita, que me asustan un tanto; y luego me tranquilizo. Me rodea de tantas bendiciones y gracias, que, si de esta vuelta no reacciono, ¡yo creo que será fatal!

“Si me lleva, como estoy esperando a veces, no sé por qué, de un momento a otro, estoy completamente dispuesta; aunque después de la Santa Extremaunción, se está dilatando un tanto, y los sentidos todos parece como si quisieran escaparse, para ponerse al contacto de cosas y casos que ya no les interesan. Y, por otro lado, si me da la salud, veo la inmensa responsabilidad de servirle con alma y vida, totalmente dedicada a su Santo Servicio, en una vida de intimidad profunda y sincera, ¡como una verdadera religiosa Carmelita Descalza! Gracia que espero, ayudada de nuestra tierna Ma-

dre del Cielo, no me ha de faltar, porque hace ya tiempo mi anhelo es ése sólo...

“Entretanto, estoy totalmente entregada a su Voluntad, a su Providencia Divina. Acá o allá mi vocación será ¡cantar las alabanzas al Señor!

“Repito con mucha frecuencia ahora la renovación de los Votos y también el pensamiento de la Toma de Hábito: «Padre, acepta para tu gloria la entrega total de todo mi ser, en unión con el perfecto holocausto de Tu Divino Hijo. En Él, por Él y con Él quiero **vivir, amar, creer, sufrir y morir**. Elijo tu Corazón como ¡lugar de mi eterna morada!» (8, 2-3).

Parece como si, después de haber aludido a “cosas extraordinarias”, no acabara Chiquitunga de soltar prenda... Pero, por fin, cuenta, a la M. Piora algo extraordinario: una ¡visión de la Santa Madre Teresa!

“Le decía, Madrecita, que Jesús me está dando tantas consolaciones, que no me explicaba tanto cuánto me mimaba; y es porque me sabe inmensamente pequeñita y débil. Se va a reír de lo que le voy a contar, pero es verdad...

“Anteayer (22 de abril) ¡estuvo conmigo Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús! Sí, Madrecita, se lo digo así, porque yo también quiero como despertarme a ¡tan singular gracia! Estaba con el suero en la palma superior de la mano derecha y repitiendo la antífona de N. S. Madre: «Réspice de coelo...» «¡Ven y baja del cielo -le decía- y visita a esta tu viña, que fue plantada por tu diestra!»; y sentí como una suavidad ajena a la que conocemos (no lo exagero), que me tomaba la mano debajo de la suya, y yo le apreté también suavemente ¡como para cerciorarme de la realidad! ¿Fue un sueño? ¿Una ilusión? ¿Qué fue? No sé, Madre mía; pero hasta llegué a sentir como un perfume suave; y algo más: estaba también Teresita del Niño Jesús, que me parecía verla y no verla, y Sor Isabel como distante... ¿No sería que estoy perdiendo la cabeza? Ahora que le estoy escribiendo, siento en el corazón como si Nuestra Santa Madre se sonriera y me dijera que sí, que es verdad. Como quedé un poco agitada, cuando vino el confesor, le conté; y me dijo que no me intranquilizara, ¡que podía ser!

“Así que, Madrecita, le cuento para que se ría de esta su hija que ¿ya esta chocheando?, ¡que chocheó siempre!” (8, 3-5).

Pero está todavía en el duro combate de la tierra, “hecha un cachivache”.

“Ya bien tarde fui al oficio humilde, ¡y no tuve fuerza, Madrecita, para levantarme! Me arrastraba de 4 patas por el suelo hasta llegar a una silla que me habían puesto dentro, y haciendo un esfuerzo grande, pude incorporarme, ya cuando iba a pedir que me ayudasen. ¡Las piernas totalmente sin fuerzas! Me bañé ligerito y luego me acosté... Ya me pusieron en una silla un siervo, porque de otro modo... esto me es imposible... ¡Ay, madrecita! Toda humillación es poca para quien en el mundo y en el Convento haya ofendido tanto a Jesús y haya malgastado en tal forma sus misericordias. ¡Cuánto más debo pasar aún! ¡V. R., más que yo, conoce lo que soy!” (8, 5).

Por eso, como las dos postulantes que tomarán el Hábito mañana, van a pedir esta noche las oraciones de la Comunidad, ella

“también quisiera ofrecerles algo de lo poquito que creo pueda ofrecerles”, al mismo tiempo que les ruega “tengan un pequeñito recuerdo para esta hermanita desterrada en la postración...; que le digan a Jesús que me dé toda la fortaleza necesaria para no decaer un solo instante y para que cada

día lo **AME** más y más. **¡Que yo desaparezca y que Él solo SEA, NO ya yo!**” (8, 8).

*Chiquitunga no pudo escribir más cartas... Había comenzado su postulante pidiendo Amor... Su último escrito concluye pidiendo Amor... Y Jesús se lo concedió... Sus **últimas palabras** fueron, en efecto, una **declaración de Amor**:*

“¡Jesús, te amo! ¡Qué dulce encuentro!”.

¡Y expiró!... Había alcanzado el “Ideal” o “fin de amor”, que tanto había deseado, esperado y pedido con san Juan de la Cruz:

*“¡Oh llama de amor viva...,
Rompe la tela de este dulce encuentro!”*

